

AL DIA LEON AL DIA



Lectura de la semana: Miguel Delibes

Es natural. Los que hemos de dedicarnos a escribir para poder vivir, apenas si tenemos tiempo para leer. Pero como sin leer lo de los demás tampoco es fácil escribir lo propio, de vez en cuando conseguimos leer un libro. Aproximadamente nuestro cupo de lecturas viene a ser un libro por semana, a lo que hay que añadir el periódico diario y las revistas semanales. Pues si no, ¿cómo alimentar el comentario de la Acera de Botines, tan voraz?

No paran siempre ahí nuestras lecturas de la semana --y dénoslas Dios siempre tan apañadas y tan excelentes para la salud del cuerpo y provecho del espíritu-- porque a veces, como sucede ahora, como un regalo esperado y por ello más ansiosamente acogido y saboreado, nos llega un libro como éste: "DIARIO DE UN EMIGRANTE", de Miguel Delibes.

Buena fuera que ahora nosotros intentáramos descubrir a nuestros amigos quién es y qué representa en el cuadro general de la novelística española actual Miguel Delibes. Peccaríamos de temerarios o de insufribles pedantes, pues que la personalidad bien definida del escritor es conocida sobradamente en León. Y, claro es, en los alrededores, hasta más allá de los Pirineos y aun de los mares oceánicos.

Pero quizá convenga, para que nadie nos inculpe de habidosos ocultadores, acaentiar nuestra opinión sobre el

libro. Y esta opinión es bien terminante, por cierto: no creemos que exista hoy en España quien con más títulos y merecimientos pueda ser propuesto como realidad bien patente, que Miguel Delibes. Y no porque en su haber cuente con un Premio Nadal, por su novela "La sombra del ciprés es alargada", ni siquiera porque su "Diario de un cazador" alcanzara el Premio Nacional de Literatura... Que todos sabemos muy bien --y conste que no es dentellada maliciosa-- que andan por ahí muchos Premios Nadal y algunos Premios Nacionales que les va la investidura como a un santo un par de pistolas. Esta calificación limpia de Miguel Delibes es consecuencia natural de su labor. Una labor honesta, seria y tan digna que no la mejora el más conspicuo de entre los novelistas actuales de habla castellana. Conste así, no sólo para nuestra tranquilidad sino para satisfacción de la justicia a secas.

Otra parte, a los leoneses se les completó la ficha biográfica y humana de Miguel Delibes con motivo de un azar de conferenciante que nos le puso al alcance de la mano y del corazón. Y por sus palabras se nos dió entera su dimensión humana de escritor.

Ahora, este nuevo libro de Miguel Delibes, "DIARIO DE UN EMIGRANTE" --que casi nos atreveríamos a situar entre lo mejor de su producción-- nos ayuda a totalizar el juicio que de Miguel Delibes teníamos formado, y nos confirma su insuperable jerarquía de narrador.

Recorrer estas páginas del "Diario" de Lorenzo emigrante, es descubrir un mundo impresionante, vario, auténtico y divertido. La prosa jugosa del autor de "Siestas con viento Sur", consigue aquí una precisión y al mismo tiempo un colorido increíbles. Y con un vocabulario extensivo, castizo y directo, Miguel Delibes ensaya con estupendo éxito la variante moderna de la novela picaresca, tan enraizada a la mejor tradición novelística española.

Y quédese en esto nuestro prólogo, que mejor que nosotros se adelantara en el suyo el propio autor, para descubrirnos su propósito, y darnos, de paso, una muestra de su estilo. No sabemos si los prólogos le son necesarios al libro. (Cervantes, en su Quijote, demostró que no sobraban). Solamente queremos decir que el prólogo que el autor de "DIARIO DE UN EMIGRANTE" pone al suyo, le viene como anillo al dedo...

DON SUERO

sim

para

«Diario de un emigrante», novela,
por Miguel Delibes. Ediciones
Destino, S. L., Barcelona, 1958. 2

«Te pones a ver y como en casa en ninguna parte». Esta es la conclusión de un año de emigración en Chile, de Lorenzo el cazador, nuestro viejo amigo el personaje de Delibes. Un año de ilusión, de esfuerzo, de castillos aéreos hechos casco-te, de brega dura, de desadaptación por orgullo y por nostalgia. Un año, dos hijos, y, dentro del alma, un gran amor, por un paisaje fabuloso, por unos horizontes amplísimos que se han querido conquistar y que ha faltado el ánimo —esto es lo cierto— para dominarlos como lo hicieron sus lejanos ascendientes los conquistadores. De los extremeños de Pizarro a Lorenzo el cazador parece mediar un abismo. Ellos se quedaron: éste regresa. Pero acaso la distancia sea mera apariencia. Acaso aquellos hombres discurrieron con la misma humilde sencillez, con los mismos giros e interjecciones dialectales, con idéntica nostalgia avasalladora metida en toda su alma. Quizá la diferencia estriba en que Lorenzo tiene siempre la retirada abierta, que ha ido a América pensando en regresar, y no ha ido huído, desesperado, proyectado violentamente a un mundo que es lo único que puede ya acogerle, manera de ir que es, justamente, la que tuvieron aquellos otros hombres y la que aún siguen tantos otros que son los que acaso triunfan antes. Pero Lorenzo no tiene veta de triunfador. Lorenzo es un sosegado cazador, un punto honrado de partida de taberna, un casado fiel y un buenazo padre de familia, aunque otra cosa nos quiera hacer creer con sus constantes tacos y desplantes. El Autor, que le conoce bien, se ha deleitado en ofrecernos, con ternura, esta conmovedora relación de sus vicisitudes en América, que van a ser para él —lo presentimos— el momento glorioso de una vida que adivinamos será larga. Y con ello nos ha vuelto a ofrecer un libro sencillo, alegre, risueño, de honda, conmovedora ternura humana. Hemos de agradecerérselo de todo corazón.

Viernes, 16 de mayo de 1958

VALLADO

AVENTURA AMERICANA DE UN CAZADOR

(EL ULTIMO LIBRO DE MIGUEL DELIBES)

Miguel Delibes es un escritor que tiene su público. Se esperan sus obras y se venden, que es lo bueno. Ya es difícil en España, para un novelista, tener su público. Mucho más difícil todavía que escribir un libro medianamente pasable. Mucho más difícil que conseguir un premio literario. Porque lo definitivamente importante es conseguir ese sector de lectores fieles, desparrramados por todo el país en algunos millares. No descubrimos nada si añadimos que Delibes es de los pocos escritores jóvenes españoles leídos más allá de las fronteras. En el recuento de novelistas de este tiempo, su nombre figura entre los de primera fila. ¿Como lo ha conseguido? ¿Con los premios? ¿Con una entrega auténticamente vocacional a su trabajo, al afán de escribir que le golpea en los pulsos? No, ante todo y sobre todo por una clara fidelidad a sí mismo, a su estilo personal, a su particularísima manera de planear una novela y de contarla después. Delibes es siempre Delibes en sus obras. No fluctúa, no pasa de un sistema de hacer a otro distinto, no se cuarteja por ningún lado en su actividad literaria. Dosifica sus obras con cautela. Sabe por donde va. Es un escritor con la raíz en el cerebro, sin que ello quiera decir que a sus personajes les falle el corazón. Al contrario; casi siempre son tipos arrancados de la vida; de esa vida que está ahí, a dos pasos, a nuestro alrededor, pero que sólo captan en toda su dimensión, con todos sus matices, quienes como el escritor poseen una aguda, especial sensibilidad, una especie de imán para atraer las sensaciones, para conocer y narrar las penas y las alegrías, las ilusiones y las desesperanzas ajenas.

Miguel Delibes se enfrenta ahora, en estos días, otra vez con su público. Y se enfrenta con una obra sólida y madura, medida y redonda: "Diario de un emigrante". Su protagonista es un antiguo conocido nuestro, un hijo del autor, cuyas andanzas ni podían limitarse a la caza, ni habían terminado en un libro de trescientas páginas. El novelista

expresa en un sabroso prólogo, con donoso desenfado, su comen-zón, por aquello que le pesaba en el cuerpo. Y aún no promete en definitiva que Lorenzo, el cazador, dé aquí fin a sus peripecias, sino que posiblemente continuarán. Porque el personaje



está vivo y colea, tiene fuerza e impetu para rato. No está dispuesto a morir tan fácilmente como demuestra su salud a prueba de bomba, de disgustos, de malos negocios, de profesiones azarosas, de asedio amorosos, de viajes en barco y otras mil y una desventuras de idéntico jaez. Aún le queda cuerda para illososar a su modo y anotar en su diario las más pintorescas, curiosas y sagaces observaciones sobre todo lo humano y lo divino. Buen elemento este Lorenzo, salido de la entraña misma de Castilla, hombre de espacio abierto y escopeta pronta al tiro contra la liebre en el monte, que de golpe se ve lanzado a la aventura en la lejana jungla de asfalto, entre desconocidos y caimanes que se las saben todas. Las suyas y las de los demás. Claro que el hombre, en el fondo, es un lerdito y jamás se apea de esa condición. Lo más que hace es enfadarse; pero se le pasa en seguida y a otra cosa, mariposa. Bien sabe él que cuando llega el caso, es un hombre decidido a lo que haga falta. Con ese pensamiento se embarca, tentado por la aventura de ultramar. Y con

ese mismo pensamiento volverá a la tierra matriz, porque "bien mirado, te pones a ver, y como en casa, en ninguna parte".

Miguel Delibes da en esta frase justa y cabal, la intención, la idea de su libro. Está muy extendida esa creencia de que América es Jauja. Pues, no señor. Y si no, que lo diga Lorenzo, fiel trasunto de tantos emigrantes decepcionados por la realidad. Menos mal que las decepciones de este hombre sano, hombre de nuestro pueblo, nos llegan a través de prodigiosas y sutiles agudezas de ambiente, de divertidísimas notas basadas en la observación directa, en el conocimiento de los países de aluvión, descritos por el novelista. No hay planteamiento formal de relato novelesco, sino una serie de estampas agrupadas por orden cronológico. El paso de los días halla su expresión de exquisito sabor literario. Realmente a Lorenzo no le pasan cosas del otro jueves. Son acontecimientos vulgares, en cuya descripción alienta toda la gracia de una prosa muy personal. Es ella, con su juego de frases, con su léxico buscado aposta, pero con engarce natural, como anillo al dedo para cada circunstancia, la que facilita la talla del escritor. Delibes ha cuidado el libro con mimo, con delicadeza. Aletea en él ese viento de poesía que ennoblece las cosas menudas. Giros extraídos de la más rica cantera popular, anotaciones deliciosas, pinceladas jugosas y eficientes, horran con creces lo que pudiera parecer abuso de locuciones de poca monta, por cuyo manejo no se definirá nunca un seguro escritor. Aquí se manejan con habilidad, de forma que ni molestan ni perturban por que si la marcha de los acontecimientos. Libro feliz y logrado este del modesto tirador, que forzado por varias razones que él define muy bien, se vio obligado al intento de hacer la América, y en realidad, a pesar de su coraje, resultó allí cazado. Una vez más, el autor no defrauda a su público. Porque tal libro resulta encantador.

JESUS VASALLO

LA NUEVA OBRA DE MIGUEL DELIBES, "DIARIO DE UN EMIGRANTE", se debe a la

conjunción de varias causas determinantes. Creemos que hay dos, sobre todo, cuyo cruce ha determinado la novela del autor: el impacto producido en su sensibilidad por la experiencia americana, conocida en viaje atento y detallado, por un lado, y por el otro, la fuerza vital de su personaje central. Lorenzo, el héroe de "Diario de un cazador", no acabó, sino vivo y erguido para que no deje de ilusionarle la aventura de la emigración.

Claro es que la mención de estas causas incluye la de la madurez lograda por Delibes como narrador y novelista de primera fila dentro del panorama contemporáneo. En éste la novela está representada por bastantes nombres y títulos, pero una mirada atenta nos descubre no demasiados novelistas auténticos, porque bastantes se nos escinden por otros caminos más ocasionales con relación a la novela. Delibes ha superado hace tiempo todas las pruebas exigibles para la consideración de novelista, diestro en la invención y la observación, en las tramas y en el idioma narrativo, y sobre todo en la combinación sabia de todos los elementos concurrentes a la formación novelesca en cualquiera de sus grados. Ya incluso llega a la formación de tipos característicos que le son propios, logro en que ha aventajado a sus compañeros de generación, como Lorenzo el cazador, que debe inaugurar con pleno derecho este censo de personajes. Delibes es novelista y a lo largo de su carrera, que ahora vemos ya en su meseta central, logra no sólo aumentarlo, sino esta combinación (pensamos en Galdós, que hace poco comentamos) en que un mundo de personajes aparece y reaparece con la misma proyección, con proyecciones alteranadas, en su orbe narrativo. Cuando un personaje de novela está vivo, no suele extinguirse con el fin de su peripecia concreta, sino que queda viviendo a disposición del novelista. El hecho de que sirva para ulteriores desarrollos o comparezca en ellos, es una prueba del vigor de la creación. De aquí que la nueva presencia del cazador no sea en rigor una segunda parte, sino una muestra de su entidad de personaje vivo de un mundo novelesco vivo también.

Ahora "Diario de un emigrante" nos le enfrenta con una peripecia americana, incurso de lleno en el hecho social de la emigración y aun en el acento de la emigración de nuestros días, bien distinto del que la tradición finisecular (por lo común sorda a este tema, salvo algunos chispazos de Valle Inclán con resonancia ultramarina) atribuía al emigrante. Delibes, por su observación directa, se ha sentido tentado por el tema para enfrentarlo en su más moderna proyección con el

LIBROS

personaje central, que reservaba no sólo vivo, sino en lo mejor de sus fuerzas. Agradar en Delibes, ya

configurado por sus novelas anteriores, desde la primera de ellas, un sentido constructivo tradicional, que en su producción, una de las más seguras y sólidas de los nuevos tiempos, las normas tradicionales de la construcción de un orbe novelesco no le son ajenas, sino que en rigor son las propias. Delibes no se siente cohibido ni solicitado por esta serie de deformaciones o exploraciones novelísticas actuales, miméticas o estériles la mayoría, sino que a su arte de narrador le bastan con los medios clásicos de expresión y de construcción. Y por ellos y con ellos marcha delante con fortuna.

"Diario de un emigrante" no se limita a continuar (entonces sí que sería en rigor una segunda parte) mediante la misma técnica narrativa del diario en primera persona, la más apta para dibujar el seco realismo que linda con su carácter, el ya dibujado de Lorenzo, sino que le dota de nuevos trazos inéditos, de mayor riqueza de reacciones, unas secuencia directa de las anteriores, otras nuevas que no chocan como nota discordante, sino que parecen, aunque inéditas, implícitas en su dibujo anterior. Quizá éste pase a ser aguafuerte más grabado, hondo e incisivo, quizá las reacciones del protagonista desplieguen un horizonte más vasto en razón de la misma vastedad de su peripecia americana. Esta viene a ser, respecto al personaje, una reacción alternativa necesaria, la que le produce el mecanismo de lo nuevo y le determina una serie de reacciones psicológicas desusadas, extremas en su superficie, pero nacidas del hondón mismo de un carácter indeformable. En muy pocas novelas de nuestro tiempo, el análisis psicológico está tan implícito sin exteriorizaciones aparatosas. Y en muy pocas también este juego da lugar a una novela tan ceñida a esta idea central, sin que ello impida ver a su través, subordinados en ordenación clásica toda clase de perspectivas, descripciones, costumbres, tipos y personajes cuya novedad determina una serie de chisporroteos narrativos llenos de interés.

No es otro —y es de primera calidad en nuestro panorama— el que mana del "Diario de un emigrante", fiel en sus maneras narrativas al idioma propuesto y conocido del autor, en que la propiedad, la precisión de la observación, conjugan con el seco realismo que Delibes ha escogido como suyo. Y que al cabo de una obra novelesca ya importante por su cantidad también, comprendemos que se trata del más apto para el mundo de su creación, en pleno desarrollo hacia la riqueza. A V.

DIARIO DE UN EMIGRANTE: Miguel Delibes.—Editorial Destino, S. L.



“Diario de un emigrante” *

MD

De Miguel DELIBES

Nuevamente la, a pesar de todo tímida ternura de Lorenzo, aquel casi místico personaje de «Diario de un cazador» que en justa hora proporcionara a su autor un premio de los de lustre— el Nacional de Literatura 1955—ha vuelto a regocijarnos con la danza de sus aventuras, esta vez, no por los familiares vericuetos de

lx

su Castilla vernácula, sino por los épicos y lejanos andurriales andinos hacia los que su afán de medro le empujara, pues quién no sigue creyendo aún que por esos mundos ignotos continúan atándose los perros con longaniza, máxime si como Lorenzo, a uno le salen tios indianos con los que soñar y compartir plata y honores. Solo que el tío Egilio, saldría luego «gili» y roñica— y algo más que el mal hablado de Lorenzo ronronea y nosotros nos llamamos— para que la peripecia del cazador-emigrante pudiera cocerse en su salsa y de paso regodearnos con sus incidencias.

Aquí sí que se quiebra sin vacilaciones aquello de «nunca segundas partes...» porque Delibes acertó de lleno con el tipo y con la acción. Personajes literarios hay que nacen muertos sin que a remediarlo vengan todos los santos del cielo. Otros por el contrario nacen tan bien, tan sin fatigas, que contra viento y marea pueden soportar todas las pruebas y perdurar en cuantas singladuras les coloquen, pues son ellos, en realidad los que por sí mismos bullen y rebullen; tan bien nacidos que vivirán mientras aliente el autor de sus días y—alma, corazón y pensamiento vertidos sobre sus criaturas—yo diría que aún después. Este es el caso de Lorenzo, el protagonista sincero, noble, real y humano de «Diario de un emigrante». Lorenzo es el hombre de extracción humilde que nos encontramos a diario en la calle, en el autobús, en el cine. Es el hombre que todo lo discute, soñador y optimista, primitivo exaltado, pero lleno de sinceridad, ancho de frente, limpio de corazón. Y cazador por más señas, es decir, observador, amigo de anchos horizontes, de hechos concretos, de palabras claras, aunque a veces estas puedan, de puro expresivas, resultar un poco libres...

Lorenzo nos cuenta a su modo, la aventura de la emigración. Va a hacer las Américas, y fracasa en su empeño. Un año de ausencia y de morriña, y el hombre, entre claro y claro, emborrona sus papeles, con gracejo, con mucha sal y mucha sombra, muy—aparentemente—a la pata la llana. El justifica su diario: «Hay panolis que piensan que esto de escribir para uno es como el hablar a solas cosa de chalaos...» Y eso es ganas de enredar las cosas, como él dice, porque «uno es de una manera y como uno es, no lo sabe ni su madre...» Y es que Lorenzo el bedel, cansado de abrir puertas y prodigar saludos y gorrazos opta por emigrar, y como «esta vida mía va a pegar un quiebro y una cosa así no ocurre todos los días», decide—«uno al fin y al cabo no es un zoquete»— consignarlo a la buena de Dios en sus cuadernos de notas que ya no dejará de mano hasta el fin de su aventura. De este modo es como Miguel Delibes nos relata con pelos y señales, irónicamente unas veces, otras con un suave humorismo que penetra muy hondo y siempre con sinigual ternura la peripecia del emigrante. Con ternura a manos llenas que rebosa en la figura del protagonista, en sus actos, en sus pensamientos, en sus monólogos. En este hablador de Lorenzo, noble, buenazo, sin dobleces; un poco deslenguado, porque el hombre llama a las cosas como son, y ya se sabe como habla el español, sobre todo cuando las cosas no le salen rodadas.

Ante la aparente sencillez de este libro, comprendemos las dificultades de plasmación de obras como la que ahora nos ocupa. Bien es verdad que Lorenzo vive por sí, como ya dijimos. Pero aún con eso, no es nada fácil seguir la pista, dejarle andar, moverse y traducir luego sus pensamiento, sus reacciones; compartir su emotividad; adentrarnos en su ventura y aventura, y todo página tras página hasta llenar estas 290 que componen la novela. ¿Argumento? Casi lo tiene. La realidad de Lorenzo es tal, que hasta su peripecia es sencilla, vulgar, una entre un millón que se le semejan. Pues con tales elementos Delibes logra interesar, sugestionar, emocionar, hacerse con el lector desde el primer instante, y no viviendo, como acaso pudiera creerse, de las rentas del primitivo Lorenzo—el de «Diario de un cazador»—pues el Lorenzo emigrante, mejor dicho, la aventura de Lorenzo que emigra, para nada necesita de la consuetudinaria monotonía del cazador Lorenzo a vueltas con sus perdices por los andurriales castellanos. Indudablemente Delibes hoy, traducido al francés, al portugués y al italiano, ha añadido a la serie de sus magníficas novelas, no una más, sino una de las más bellas y felices escritas en nuestra lengua. «Diario de un emigrante» hace honor a su joven autor, indiscutiblemente en plena madurez literaria.

José DEL RIO SANZ

* «Diario de un emigrante», por Miguel Delibes.—Ediciones Destino, Barcelona.—290 páginas.—1958.

“CORDOBA”, 18 mayo 1.958

El «Diario de un emigrante» de Miguel Delibes

MD

QUIEN haya leído el «Diario de un cazador»—y este ha sido uno de los éxitos de lectores de nuestro joven novelista, entre otros—no querrá perderse su, en cierta manera, continuación. Y, sin cierta manera continuación de veras, en la que, entre otras cosas, Miguel Delibes viene a demostrar que hay segundas partes que pueden ser óptimas, tan buenas por lo menos como las primeras.

Esta es la primera demostración de Delibes, en su nueva novela, la segunda es demostrar cómo se ha encariñado su autor y creador con un personaje, como Delibes siente una ternura, casi humana o sin casi, por este Lorenzo, personaje central, que tiene en la boca uno de los más espléndidos lenguajes que hoy se escriben en España.

El «Diario de un emigrante», relato en el que el novelista aprovecha, como la más viva experiencia, sus viajes por América, es una maravilla de idiomas y, también, un logro continuado de interés. Su construcción, en forma de diario, en primera persona que nos va relatando y haciéndonos participar en sus más íntimas y más importantes emociones, trasplantadas a una tierra extraña, con nuevas costumbres o distintas por lo menos; su gracia espontánea y vital, pues nuestro amigo Lorenzo es, su modo, un hombre sabio, de enorme intuición y gran ingenio, y, naturalmente, los episodios que va viviendo, todo ello nos da una novela que es de una lectura gratísima, interesante, sin página que saltar.

Esto es, dicho a grandes rasgos, el «Diario de un emigrante». Un relato, lleno de recursos y escrito con ese estilo y personalidad de Miguel Delibes que, de entrada, nos hace sentir una envi-

dia importantísima y, después, nos hace disfrutar con esa prosa trabajada como un noble metal o una madera buena, por así decirlo, una prosa que, en cualquier fragmento puede y merece pasar a las antologías.

Miguel Delibes, con esta segunda entrega de su ya famoso personaje, que nos está resultando un hombre de acción, ha de volver por su gran éxito de el «Diario de un cazador». Su nuevo dia-



MIGUEL DELIBES

rio, bien se tiene ganado ese triunfo.

Lo publica Destino en su colección «Ancora y Delfín».—B.

BALEARRES - JUNIO - 58



LIBROS NUEVOS

DELIBES, MIGUEL: "DIARIO DE UN EMIGRANTE"

Ediciones "Destino". Colección "Ancora" y "Delfín".

Es este el séptimo libro de Miguel Delibes. Lorenzo, el protagonista de "Diario de un cazador", embarca hacia América. Allí corre una mínima aventura, allí nace también su primer hijo y, finalmente, regresa a España, a la tierra nutricia, porque "te pones a ver y como en casa en ninguna parte". La forma elemental y sin complicaciones que adopta el libro—la de diario—con su tono o ritmo monocorde, con la posibilidad de un sólo punto de vista, revela más acusadamente el mérito supremo de estas páginas: su virtud expresiva. Es todo un experimento feliz sobre el lenguaje y de cómo éste debe adaptarse rigurosamente a la catadura de quien lo habla. El viaje a América, las primeras emociones ante las cosas y las costumbres americanas, el contraste entre la novedad y lo que era habitual al héroe del relato, plasma con encantadora fidelidad en las anotaciones biográficas de Lorenzo. Un momento hay, de suma dificultad, pero que Delibes logra salvar con mano segura. El choque, el enfrentamiento y la final adaptación de su expresión a la chilena, pues a Chile es donde Lorenzo va a parar. Evidentemente, un libro es valioso por aquello que narra, o por cómo lo narra, o por ambas cosas a la vez. Sin que consideremos asunto baladí esta trama de Miguel Delibes, lo cierto es que el valor más alto del libro es su "modus narrandi", que alcanza la categoría magistral en el instante ya aludido: cuando el lenguaje de Lorenzo entra en contacto con el chileno y se funde paulatinamente con él, sin que el

propio Lorenzo lo advierta. Era cuestión del "tempo", del "tempo" orquestal, y es admirable como el novelista lo desarrolla. La plasmación de este fenómeno morfológico es, a nuestro entender, el acierto mejor de "Diario de un emigrante".

¿Es todo esto un puro esteticismo, un sistema sin salida posible, como ocurre, de una manera o de otra, a una parte muy considerable de la novelística nacional? Habría que preguntarse primero: ¿es simple esteticismo la preocupación por el lenguaje? ¿Es solamente preocupación por el lenguaje la novela de Miguel Delibes? La figura humana de Lorenzo es auténtica por cuanto es sencilla. Todas sus emociones—la ilusión, el gozo, la melancolía—, a través de sus mismas palabras, nos dan idea muy exacta del cariz que tales sentimientos adoptan en un emigrante. No es gran cosa, no es asunto inédito, pero es verdadero. Ante el lector no aparece la trama como disculpa del experimento lingüístico, sino como motivo. Basta esta diferenciación para que, sin más, consideremos como otro triunfo esta encantadora, tierna, novela.—C. L. A.

ECOS DE LA VIDA LITERARIA

LORENZO, CAZADOR Y EMIGRANTE

Quien intimase con Lorenzo, el personaje ideado por Miguel Delibes para animar su «Diario de un cazador», encuentra ahora, grata ocasión de nuevo contacto, gracias a la reciente novela «Diario de un emigrante», en que el mismo autor vuelve sobre su criatura para que nos cuente, con análogos rasgos y matices de lenguaje, sus andanzas por las viejas y sempiternas Indias. Para un español de mucha casta, América sigue siendo todavía las Indias. Esto es, tierra abierta a toda suerte de sorpresas, tentaciones y aventuras, sólo que en términos harto distintos a aquellos de que dan fe los cronistas y los poetas épicos, además de tantos y tantos testimonios, a escala más o menos heroica. Cada emigrante de los que en caudalosas oleadas caen sobre aquellas playas lleva dentro un conquistador, un colonizador, al modo que los nuevos tiempos consienten. Son muchos los emigrantes que si no pueden descubrir, naturalmente, la ya descubierta América, se descubren a sí propios. Lo que no es poco ciertamente. En descubrirse o no va nada menos que la suerte de todo emigrante.

«Lorenzo el cazador—nos advierte Miguel Delibes en su prólogo al «Diario de un emigrante»—, pese a su modestia, a su candor, a su primitivismo exaltado, puede servir, lo mismo que cualquier colosal burgués, para darnos mañana la medida de una época un si es no es revuelta y aleatoria, una época en la que están proscritas las señales acústicas, una época, en fin, cuyos prohombres se sanean indolentemente, amparados por un acolchado e inexorable bando del silencio.»

Pero aparte el lenguaje figurado del autor para introducirnos en su «Diario de un emigrante», nada de silencio entra en la composición de esta novela sobremanera locuaz. Como que uno de sus mejores atractivos radica en que Miguel Delibes se vale del idioma hablado, y muy hablado, con todos los riesgos, que no son pocos, de la expresión familiar, callejera y doméstica, tantas veces lindante con el «sermo plebeius». Pero precisamente a eso tiende Miguel Delibes, llevado de la corriente neorrealista que en tanto grado domina las artes y las letras de hoy, incluso la cinematografía.

Ningún género literario tan inclinado como la novela a la directa inspiración de la realidad objetiva, sin perjuicio de la transfiguración a que el arte haya de someterla en todo caso. Tanto la que buscan los novelistas de hoy por la doble vía del lenguaje, en su mayor crudeza, y de los caracteres vistos en su escorzo más extraño, como la realidad clásica, indudablemente más equilibrada, preocupan a Miguel Delibes desde un principio, señalado por aquella discutida novela «La sombra del ciprés es alargada», que obtuvo el Premio Nadal de 1947. Aun tratándose de una obra excelente, se advertía la lucha del autor por lograr una expresión, una prosa, un estilo de acento propio. Luego en «El camino» se notó un avance considerable, que, a nuestro juicio, hubo de confirmarse en las novelas cortas o cuentos que componen el volumen «Siestas con viento Sur», más aún que en «Mi idolatrado hijo Sisi». Y es Lorenzo, el viejo amigo de los lectores de Miguel Delibes, el protagonista del «Diario de un cazador», el que acredita, en definitiva, el hallazgo y el dominio de la fórmula estilística que a Miguel Delibes le conviene. Ya se comprenderá que no aludimos al estilo, pensando exclusivamente en cualidades o características formales, sino también y sobre todo en la íntima fuerza por la cual se crean los caracteres y su lenguaje.

Reencontramos a Lorenzo, ya casado con la Anita, en «Diario de un emigrante». Su madre ha muerto y el quiebro que da su vida se acentúa con el viaje a América, en virtud de unos pasajes que le regalan al matrimonio unos tíos de ella, residentes en Santiago de Chile. Lorenzo se da cuenta del misterio constante que es la vida: «Uno nunca sabe lo que quiere ni quién le empuja.» Pero por lo pronto su des-

tino es «largarse a América», inquieto, desasosegado, consciente del salto que va a dar; pero después de todo la bedelia de la Universidad no es cosa que retenga tanto como para renunciar a la tentación de América. La Anita, en cambio, se siente tan alegre «como unas castañuelas». Y se van. Los preparativos del viaje dan lugar al desfile de tipos, sainetes-cos de puro populares y recortados. Los sainetes carecen en general de acción, de argumento, y los tipos se definen por sí solos, con un lenguaje pintoresco, deliberadamente vulgar. Es en el viaje y en la aclimatación—relativa aclimatación—donde advertimos luego que el propio autor aprovecha sus observaciones y experiencias turísticas por la América del Sur para ambientar este «Diario de un emigrante», si bien Lorenzo prevalece, a fuer de castellano viejo, sobre las nuevas cosas que le van saliendo al paso.

Miguel Delibes dió no hace mucho en su interesante libro «Un novelista descubre a América» la versión viajera de un intelectual en el Nuevo Mundo. Ahora, en «Diario de un emigrante», nos da la versión popular y hasta plebeya. El autor se excede en la transcripción, demasiado literal por excesivamente realista, del lenguaje que habla o puede hablar, en efecto, un individuo sin educación alguna, asistido tan sólo de un desenfadado caletre. Lorenzo es un descarado que habla como un carretero, según suele decirse, y Miguel Delibes le escucha con atención implacable y transcribe sus dicharachos con fidelidad digna de mejor causa.

A título de concesión, cabe admitir que un novelista emplee palabras malsonantes o malolientes para caracterizar un personaje, para definir una situación, para aderezar un diálogo con las especias que la verdad imponga. Es decir, uso hasta cierto punto. ¿No irá Miguel Delibes demasiado lejos con tanto y tan deliberado exceso léxico...? Un filólogo del porvenir verá en «Diario de un emigrante» un texto llamado a ser materia riquísima de fichas o papeletas en un seminario o laboratorio lingüístico. Vocablos, frases hechas, locuciones adverbiales, «timos» o desplantes callejeros, vulgarismos para andar por casa en ratos de mal humor, interjecciones... ¡Riquísimo venero este que Miguel Delibes proporciona al lingüista de mañana...! Pero al lector de hoy no sabemos hasta qué punto le complacerá ese alarde de «verismo», de «hiperrealismo».

Y, sin embargo, «Diario de un emigrante» se lee con interés. Lorenzo gana nuestra amistad, es un ser vivo, de carne y hueso, y hay que tomarle como es. Sólo un novelista de raza, como Miguel Delibes lo es, crea un personaje como Lorenzo, que en esta su segunda aparición no añade gran cosa a su cédula literaria, pero sí confirma, muy a fondo, su fe de vida. Le vemos en «Diario de un emigrante» luchando contra «su circunstancia», forma atenuada del destino. Lorenzo es un español duro de pelar, esquinado, con mucha recámara, mezcla rara de adaptación e irreductibilidad. «Yo no sé a santo de qué uno ve unos días la vida de color de rosa y otros días negra», nos dice una vez. Y en otra ocasión: «Uno no acierta a parar quieto en ninguna parte.» Se mueve a remolque de las cosas. Es impresionable y sentimental a su manera. Ni su condición ni el ambiente permiten a este pintoresco emigrante otras aventuras que las mínimas de ser un día ascensorista de hotel y otro limpiabotas, sin que llegue a olvidar sus solaces de cazador. Realmente no olvida nada, y con su mujer y su hijo, que le nace allá, en Chile, emprende el regreso a España. ¿Volverá a aparecer en otra novela, mejor o peor...? No lo podemos saber, pero sí que sobre sus posibilidades de protagonista está la certidumbre de su autenticidad novelesca. Lorenzo tiene cuerda para nuevos relatos

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO

de la Real Academia Española

LIBROS

13-VI-58

9

MD

Miguel Delibes: "Diario de un emigrante". Editorial Destino. — Barcelona, 1958.

Con "Diario de un cazador" obtuvo Miguel Delibes hace dos años el Premio Nacional de Literatura y un éxito inmenso de público y crítica. Los tipos que allí aparecían eran creaciones logradas del autor. Sus inquietudes, sus afanes, sus pequeñas vanidades encontraban en la pluma de Lorenzo, el bedel, el cronista fiel que narraba con la misma naturalidad que empleaba para contar a sus amigos como había levantado un bando de perdices.

Ahora Lorenzo emigra de España. Hay en su relato primero un aliento de tristeza, cuando hace los preparativos, se despide de los amigos, dice adiós

a los sitios que van unidos a tantos recuerdos de su vida, y luego una nostalgia, al llegar a Chile y ver tan lejana su Patria, sus cazaderos, sus compinches de tertulia o de paseos cinegéticos. Todo es diferente allí, hasta las perdices no tienen en el vuelo la gracia y la picardía de sus hermanas de Castilla.

Lorenzo lo escribe día a día en su Diario. Acaso el haber viajado le ha hecho más desenvuelto al cazador, que usa y abusa de términos gruesos, en un alarde de naturalidad innecesario. Con su mentalidad de hombre sencillo, hace sus observaciones sin dejarse deslumbrar por el papanatismo en boga que exagera la admiración por lo extranjero. Pontifica a veces, sentencia en ocasiones, con la rotundidad propia de un castellano que tiene un poso de sentido común y a través del cual enjuicia y dictamina.

La prosa de Delibes es sencilla, su castellano de la mejor escuela, sus giros de la mejor tradición idiomática. La naturalidad con que el "Diario" está escrito, no exento de humorismo, cautiva al lector. Esperamos que el autor, para regalo de sus lectores, no abandone a Lorenzo en su viaje de regreso a España y siga recogiendo en su "Diario" sus impresiones al volver a su ciudad, a su Instituto, a su tertulia, su encuentro con sus amigos y con su perra, que el emigrante evocaba en sus días de lejanía y nostalgia.—J.

"DIARIO DE UN EMI-GRANTE", por Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona. YA-23.VI-7

Creo que Delibes es un dominador del género narrativo. Hace lo que quiere con la prosa. Y vuelve del revés, hasta vaciarlo de todos sus tesoros humanos, al protagonista. (Un ordenanza que emigra a América con su mujer y nos va contando, en el castellano vivaz y despachado de las gentes de su humilde condición, lo que le sucede, día por día, desde que se decide a emigrar hasta que ha de volver a su natio.) El mayor elogio de esta novela es que, sin que en ella pasen cosas incitantes, nos prende la atención desde la primera página y no nos suelta hasta la última. Este hacer presa en el lector define al novelista auténtico. Delibes nos atrapa. La valentía con que hace hablar a Lorenzo acredita a Delibes como escritor.

A veces, el idioma de Lorenzo se recarga de modismos hasta volverse difícil de entender. Claro que en el lenguaje coloquial importa más el tono que el significado exacto. Y Delibes busca y consigue plenamente el tono. La riqueza del lenguaje vivo que Delibes acumula en "Diario de un emigrante" revela que la obra ha sido minuciosamente trabajada. A través del monólogo de Lorenzo—no hay diálogo formal nunca—, surge y se transparenta el paisaje, los tipos, las costumbres. Y todo cobra vigorosa vitalidad, bulto, movimiento. En media docena de renglones nos da Lorenzo—por ejemplo—una impresionante visión de los Andes. "Diario de un emigrante" es una novela densa de hechos y experiencias, pulula de almas y cuerpos en plenitud o en decadencia de vida. Veo en sus páginas un testimonio literario que juzgo habrá de representar un hito en la estilística moderna del castellano. Pero, además, como construcción narrativa, "Diario de un emigrante" es un edificio bien delineado y magistralmente sostenido sobre el esquema de su dinamismo interior.

B. MOSTAZA

Sumario de lecturas

AFRICA NORTE - SUR,
por Antonio Ortiz Muñoz.
Ediciones Studium, Madrid

Está proyectada la atención de nuestro mundo sobre esa nebulosa del porvenir que es África. Han cedido sus misterios geográficos al proceso cada día más poderoso de la civilización, y entre las selvas donde quedan reliquias de la vida humana primitiva se erigen ya ciudades ingentes, en las cuales nada de lo que significa avances europeos o americanos, es desconocido.

Los contrastes de ese doble aspecto del continente africano se recogen admirablemente en este libro de Antonio Ortiz Muñoz, en el cual se nos da una cabal semblanza de las exóticas tierras que se extienden desde las milenarias pirámidas egipcias hasta el Cabo de Buena Esperanza. Ortiz Muñoz es un agudo observador que se ha experimentado mucho en el arte de viajar y que posee la facultad de comunicar el fruto en sazón de sus experiencias turísticas, en el estilo sobrio, ágil y brillante, pero enriquecido de una densidad interna, que constituye el valor de la lección, para cuya finalidad sirven a maravilla los rasgos y pinceladas en que ha recogido la visión de los periplos.

De entre las estampas grandiosas de los paisajes del Congo, la visita al palacio del soberano de Ruanza, el recorrido emocionante por esa "selva urbanizada" que es el Parque Kruger y el descenso a las minas de oro de la Unión Sudafricana, van surgiendo las enseñanzas relativas a la labor espiritual de los misioneros europeos, a la secular influencia de nuestro mundo en aquel, para haberle hecho beneficiario de un desarrollo material sorprendente, con el alumbramiento de sus riquezas, con la elevación social y cultural que va operándose... Y el acocho codicioso de la rapacidad soviética, que está en un alerta muy activo para caer sobre presa de tanta calidad, a propósito para alimentar sus vampirescos apetitos.

Es indiscutible la actualidad del libro de Ortiz Muñoz. Su amenidad es además plena justificación del interés que permanece en nuestras manos hasta su última página.

Dos novelas del momento:

to: "DIARIO DE UN EMIGRANTE", de Miguel Delibes, y "HICIERON PARTES", de José Luis Castillo Puche.

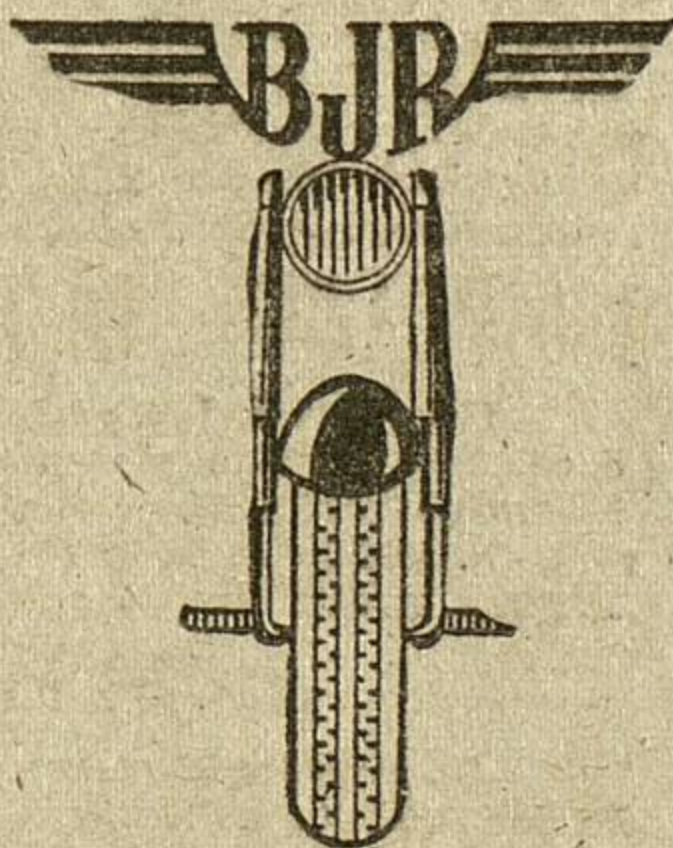
Las acogemos bajo un epigrafe común porque creemos haber encontrado en ellas algunas notas de analogía. Puesto que su lectura ha sido consecutiva, sea así la impresión en estas líneas simultáneas.

El consabido espejo ha ido pasando a lo largo de los caminos y el traslado de las respectivas visiones parece que se plasma en paisajes de interpretación similar. Castillo Puche hace defilar ante nosotros una serie de historias que pudieron fluir exentas en sendos libros. Un modo intensivo es éste, de enlazar vidas diversas, ensartándolas en el hilo de la herencia del rico pueblerino, plurifurcada —perdón— para disolverse, por sino adverso, que la sal en el agua.

Mientras que Delibes nos hace seguir a un antiguo personaje suyo, a través de las peripecias de la emigración, y es él quien destaca, cuidadosamente perfilado y modelado, sobre el fondo en el cual se mueven de una manera complementaria los demás personajes de la novela.

Pero ambos se valen de un estilo deliberadamente sencillo y llano, desenfadado, en el (Continúa en séptima página)

|| MOTOCICLETAS ||

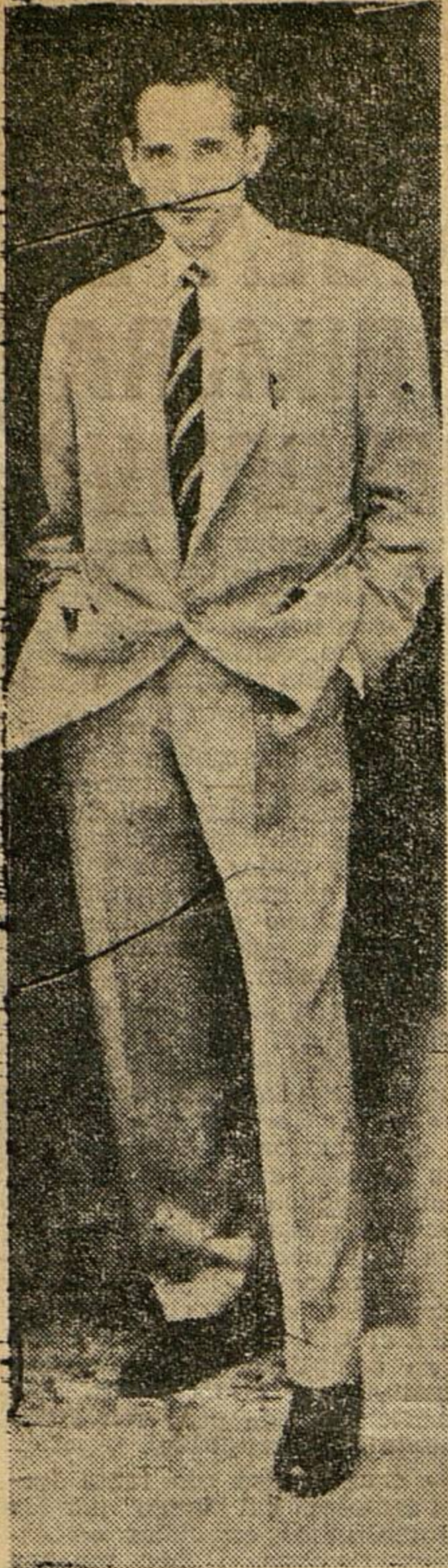


Modelos, VZ 44 c. c. Xz 125 c. c. YZ 175 c. c.

EXPLORACIONES INDUSTRIALES Y AGRICOLAS, S. A.
Ronda Garay n.º 33-Telf 5332
Murcia. — Sucursal en Alicante
San Fernando, 46

VENTAS

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



Miguel Delibes



LIBROS

DELIBES ENVIA A CHILE A SU CAZADOR

LORENZO, en este Diario de un emigrante, (1) sigue siendo el mismo Lorenzo del Diario de un cazador. Y Miguel Delibes es el padre, no del uno "y" del otro, sino del único y fidelísimo a sí mismo Lorenzo. Sin embargo, hay entre las primeras andanzas de éste y las segundas la diferencia notable que es resultado de una mayor experiencia de la vida, y hasta podemos ver una mayor soltura en la espontaneidad, que ya era grande, de su lenguaje. Se expresa ahora con mayor gracia natural y, aunque le llama al pan pan y a las cosas del sexo las cosas del sexo, lo hace en términos tan castizos, tan directamente sacados de lo más puro del habla popular, que no ofenden al buen gusto, siempre que este gusto sea el de lo natural y directo y no el de los cánones de la retórica. Quisiera traer aquí unos ejemplos,

Por **RAFAEL
VAZQUEZ-
ZAMORA**

pero es sobremanera difícil puesto que a Lorenzo no se le puede arrancar violentamente de su atmósfera y de su mundo para presentarlo en una breve cita. El resultado sería que las palabras que en el contexto de su "Diario" son adecuadas y casi inevitables, les parecerían al lector de este artículo y todavía no del libro, simples palabras fuertes y ejemplos sueltos de habla popular.

Por otra parte, el Diario de un emigrante, como el Diario de un cazador, ha sido escrito por Lorenzo para su íntimo recreo, o más bien por una necesidad nada literaria. Lorenzo se cuenta a sí mismo las cosas que le pasan y no piensa en la posteridad. Miguel Delibes se ha cuidado muy bien de que su protagonista no "haga literatura". De eso se ha encargado el propio Delibes y hace en ambos "Diarios", como en *El camino*, como en *Mi idolatrado hijo Sisi* —novelas de rumbos y aires tan distintos— espléndida literatura de ficción. Porque Miguel Delibes ha ido adquiriendo una infrecuente maestría en el arte de crear ficción novelesca por procedimientos que dan una inmediata impresión de absoluta sencillez. El secreto es que su material de trabajo es lo sencillamente humano. Nada más ajeno a Delibes que las estridencias. Todo lo "fuerte" que hay en sus libros —y ninguno de ellos es precisamente una novela rosa— posee la fuerza de la vida corriente y moliente. Su secreto —o parte de su secreto— es no buscar lo "duro" en las circunstancias o en los ambientes que palpablemente son duros. Así, Lorenzo el emigrante es un buen muchacho recién casado (con la Anita del "Diario" anterior, claro está) que emigra a América para mejorar y que siente allá el tirón de España o, mejor, de su pequeño mundo de amigos cazadores, de sus peridices, de su seguridad vital hecha de tantas y tan pequeñas cosas importantes.

En Lorenzo (bedel de Instituto, acomodador de cine, pasajero de tercera en barco de lujo, marido feliz, marido gruñón, padre entusiasta, cazador por vocación, cobrador del tío de Chile, ascensorista, dueño fugaz de un salón de limpiabotas, agraciado con la lotería chilena, tentado muy directamente por la mujer americana del tío de su mujer) en Lorenzo, digo, hay un cándido observador y comentarista de la vida, y doy a "cándido" el sentido en que lo emplean los ingleses y norteamericanos: el de la capacidad para dejarse impresionar, como una placa virgen, por el mundo exterior. Por supuesto, un hombre cándido es siempre terriblemente descarnado, sin quererlo, cuando opina sobre el mundo.

Por ejemplo, cuando las cosas van mal en Chile. Lorenzo dice: "A saber qué le pasa a la panoli esta (su esposa). Lleva unos días que no sé si por el bombo, los celos o qué, no hay cristiano que la aguante... Al cura de San Andrés me gustaría a mí tenerle aquí ahora, para que viera que el matrimonio no es lo que él se piensa. ¡No te amuela! Claro que lo que él diría, que suya no es la culpa y que en mi mano tuve el quedarme soltero. ¡Para sabido! A estas horas podría yo seguir en el Centro, (o sea, en su puesto en España) bien considerado, y malo sería que no tuviera ahorros para una motocicleta. Pero no; uno tiene que buscarse complicaciones en la vida porque si no parece como que no se quedara a gusto. Claro que llega una edad en que el bruto tira y pasa una chavala que le hace a uno tilín y si no se casa revienta. Verdaderamente, en este mundo no hay cosa con cosa".

Sé que a la mayoría de los lectores que han disfrutado con el "Diario de un cazador", les será muy difícil borrar la primera y excelente impresión que les causó aquel libro para admitir que el "Diario de un emigrante" es notablemente superior. Esto suele ocurrir en tales casos. Yo, en cambio, (y me parece que muchos se encontrarán en el mismo caso) considero que este segundo "Diario" es una clara superación del primero. Miguel Delibes ha llevado a sus últimas consecuencias la técnica tan original y atrevida empleada en el primero. Y ha conseguido, por lo menos para el lector que soy yo, darle definitivo relieve al personaje Lorenzo, tan español y tan universal. En el muy reducido censo de personajes literarios creados por la generación a la que pertenece Delibes y por la siguiente, el tierno y brusco Lorenzo, capaz de disfrutar de las pequeñas alegrías de la vida, de ser buen esposo y buen padre y capaz sobre todo de no hacerse el tenebroso ni el asqueado (¡rara condición en nuestros días!), de enfurecerse sanamente y de ser otra vez optimista, quedará como uno de los tipos más verosímiles y de carne y hueso (de novela) que ha tallado una pluma nuestra.

(1) Miguel Delibes: "Diario de un emigrante". Colección "Ancora y Delfín" n.º 148. Ediciones Destino. Barcelona, 1958.

"Insula"

13

abril 1959



NOVELA, NARRACION

DELIBES, Miguel: *Diario de un emigrante*.
Barcelona. Ed. Destino. 1958. 289 págs.

Es Miguel Delibes uno de nuestros más serios e importantes novelistas. Con él, no hay sorpresas desagradables para el lector. Desde que obtuviera el «Nadal», con *La sombra del ciprés es alargada*, ha ido publicando sus obras con una pausada regularidad, ganando oficio y categoría de creador paulatinamente, en una perfecta conquista de su mundo novelístico. Ahí están, sin ir más lejos, *El camino* y *Diario de un cazador*, las dos creaciones que creemos más perfectas salidas de la pluma de Delibes. Pero el resto de su producción tiene tal tono de seriedad y honradez que demuestran pertenecer a un escritor de cuerpo entero. Y por ello, el lector nunca se siente defraudado ante una nueva obra suya. Encuentra siempre conjugados los elementos necesarios que le hacen acreedor, como mínimo, a tan gran respeto como amplio crédito literario.

En el *Diario de un emigrante* volvemos a encontrarnos con Lorenzo, el bedel del *Diario de un cazador*, esta vez intentando la aventura americana. El procedimiento narrativo es el mismo que en la obra anterior: todo está visto por los ojos del ex bedel, que es el que narra la peripecia. Delibes pasea a su personaje hasta Chile, haciéndole asistir a una serie de nuevas situaciones, en las que se producen, como es de esperar, experiencias un tanto tragicómicas. Como es costumbre en él, la pintura de los personajes secundarios está perfectamente hecha, habiendo alcanzado, además, una magnífica técnica estilística, con gran riqueza de lenguaje, aunque, a nuestro parecer, el vocabulario empleado por Lorenzo es en exceso desgarrado, utilizando demasiado «argot» en comparación con la obra anterior.

En el prólogo, Delibes se previene cautamente contra el dicho de que «nunca segundas partes fueron buenas», un tanto si es no es contra quienes pudieran colgarle el sambenito de querer aprovechar el éxito del primer *Diario*. Pues bien: sin generalizar, sino concretando, y a pesar de la altura conseguida por el autor, creemos que Delibes ha escrito esta segunda salida de su bedel con la misma necesidad y rigor artístico que la primera, pero los resultados son inferiores a los de su hermano mayor. Había más frescura, encanto y cercanía en el primero. Para el padre de las criaturas todos los hijos de sus deseos serán queridos por igual; sin embargo, para nosotros, devotos de la familia, no ocultamos nuestras preferencias por el primogénito, aunque cantemos las alabanzas del segundón.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ



Con «El diario de un emigrante», Delibes aborda la segunda parte de «El diario de un cazador», la preciosa obra literaria que le valió el Premio Nacional de Literatura. Lorenzo, el bedel-cazador, se marcha a Chile, con la chavala (convertida en su mujer), su cazurrería y sus dejes chulillos. Se va y vuelve, para ser más precisos. La novela abarca los prolegómenos del viaje, éste, la estancia en América y la vuelta a casa; la primera parte —aunque el libro tiene una unidad indiscutible se advierten las soldaduras— tiene entronque con el Lorenzo cazador y nos sirve para ir deslizándonos hacia la nueva aventura; el viaje narra, evidentemente, una experiencia del escritor; y la estancia en América, como cuerpo de la novela, nos presenta en breves y caricaturescos brochazos la aventura del emigrante, cabe la caza mayor de la fortuna. Al final, el desengaño, como no podía menos de suceder y estábamos esperando los lectores.

Delibes tiene en «El diario de un emigrante» más cuerpo de novela que en «El diario de un cazador»; más cuerpo, sí, pero menos clima, menos autenticidad. La intrascendente aventura del cazador, lograba un equilibrio perfecto en la feliz conjunción del estilo narrativo; la más ambiciosa aventura del emigrante se le escapa muchas veces al novelista y para lograr la proporción acentúa el desgarramiento idiomático, el desplante, la fanfarronada verbal. Es decir, más fuerte aventura, el novelista ha creído hallar la proporción incrementando el vocabulario fuerte, como si Lorenzo, desasistido de sus apoyos naturales, sin confianza en su ambiente, exagerara la garra popular. Naturalmente, el libro se descarría algunas veces.

Con todo, la novela es profundamente interesante. Lorenzo, convertido a través de su diario en único protagonista, en único narrador, nos ofrece una visión personalísima de la emigración, en sus tipos y consecuencias. Es una constante confrontación de costumbres y personas representativas, en estampas breves, que nunca llegan a cansar y que en no pocas veces asombran por su aguda contextura. Del lenguaje ya hemos dicho bastante; desearíamos que Delibes contuviera su prurito de decir pintorescamente con detrimento de lo bien dicho.

los núcleos de hidrógeno pesado, la velocidad nece-

Sumario de lecturas

MD

(Viene de sexta página)

cual campea cierto «parente espíritu de intrascendencia, en la mirada irónica con que es considerada la vida humana, para huir de toda apariencia de doctrinarismo pedante, y sobre todo para que en los instantes en que aflora la emoción, por que la sensibilidad de ambos para ciertos momentos «ntiles es notoria, no pueda descender nunca a la blandura melodramática. Queda a cargo del lector apuntar al margen el epifenema y señalar el lance en que es de rigor sentirse conmovido.

Castillo Puche es maestro en seleccionar los datos del ambiente de modo que el panorama nos sumerge en su fluido, porque hasta el lenguaje es el específico en sus matices y sus modalidades, del rincón, entre manchego y levantino, tan peculiar y personal, de su predilección.

Delibes hace que se desarrolle el relato con la objetividad del subjetivismo autobiográfico. Es decir, que esa experiencia humana que es su protagonista, la manifiesta como mirada desde dentro hacia afuera. Y es precisamente como una planta que se desarraigó del suelo nativo y parece vivir sólo de la savia que allí acumuló y por su inadaptación a otro medio, permanece en todo momento fiel a su personalidad constante. Así resulta impecable la ficción del novelista escondido que deja vivir a su personaje por sí solo.

CRITICA DE LIBROS



"DIARIO DE UN EMIGRANTE", O LOS SUBURBIOS DEL LENGUAJE DE MIGUEL DELIBES

EL margen de otras matizaciones más sutiles se puede decir que dos radicales posturas tiene el novelista ante el lenguaje: servirse de él o servirlo. Ciertamente la segunda actitud parece ya hace mucho tiempo periclitada. ¿Cuál ha sido el último preciosista, entre los novelistas españoles? El mundo de la novela, mundo de la anarquía, es responsable de tantos elementos, de tantos otros mundos, que el idioma, el estilo por sí mismo no justifica el hecho de la misma novela. Quiero decir que la servidumbre al lenguaje, el descubrimiento del lenguaje, la incorporación de los lenguajes, no legitima, gracias a Dios, la labor del novelista. No se hasta qué punto pueda ser válida la idea barojiana de lanzar por la ventana la sintaxis, pero ha quedado claro que el idioma es un instrumento más, un vehículo más de los muchos que tiene que concertar el escritor de novelas.

"Diario de un emigrante" es una antología de lo que pudiéramos llamar suburbios del lenguaje. En la palabra suburbio no se incluye ningún sentido peyorativo; simplemente es un recurso para situar la procedencia del idioma de Lorenzo, el hombre que ha escrito un diario de cazador y ahora de emigrante. Lorenzo es un hombre de pueblo, un bedel de Instituto metido en las faenas de escribir todos los días sus contrariedades y alegrías. Pasando por alto el hecho de que ningún hombre con la psicología de Lorenzo se preocupa

de llevar un diario, lo que Lorenzo escribe no tiene entrañas. A no ser —y esto es la clave de la novela de Delibes— que este escribir sirva únicamente para dejar constancia de unos giros, unos modismos, un sabor idiomático que anda por la calle. Justamente esto es lo único que queda de "Diario de un emigrante". Se podría formar una antología —realmente Delibes la ha hecho con sugestiva gracia— de las frases expresivas repetidas a lo largo de trescientas páginas y de un año de la vida de Lorenzo. Todo lo demás —personajes, situaciones, dramatismo— está al servicio de esta incorporación a la narración novelesca de la manera de "hablar y pensar" del protagonista.

"Diario de un emigrante" es pues, a mi juicio, una novela frustrada, donde quedan inutilizados, ya desde el planteamiento novelístico y precisamente por él, todo un material novelable: el descubrimiento de un mundo nuevo —el de América— por una mentalidad popular. De Lorenzo, desgraciadamente, no hiere nada de lo que dice y solamente toman impresión mental sus expresiones.

¿Es Miguel Delibes, definitivamente, un escritor conservador, fugado hacia la recreación estética, hacia la investigación idiomática? A Miguel Delibes, por lo pronto, habrá que decirle que esto no basta.

Mauro MUNIZ



El RINCÓN de los LIBROS



"DIARIO DE UN EMIGRANTE".
— Miguel Delibes. — EDICIONES DESTINO. — Barcelona.

Miguel Delibes es un extraordinario novelista. Es quizá uno de los más regulares de nuestra postguerra, en cuanto a producción y altura de sus obras se refiere, habiendo publicado dos novelas que han merecido dos premios nacionales: "Diario de un cazador", Premio Nacional de Li-

uno de los escritores españoles más completos.

La obra, como acción, está bien concebida, sin ser, por otro lado, nada original, ya que el tema de la emigración se ha tocado por numerosos escritores con más o menos fortuna. La obra que comentamos atrae la atención del lector y con esto ya ha sido conseguido uno de los fines de la novela, cual es entretener al lector a quien va dirigida. El personaje central, Lorenzo, que también lo es de la novela "Diario de un cazador", tiene personalidad y mantiene una tónica, a lo largo y ancho de la novela, que no decae en ningún momento. Tal vez parte de ésta personalidad lo de la forma de narrar los distintos acontecimientos que se suceden. Esto es, emplear la nota autobiográfica en forma de Diario.

"Diario de un emigrante" es, pues, buena novela, aunque inferior a las obras del mismo autor citadas anteriormente. Creemos que Miguel Delibes es capaz de empresas de más altura que esta que acaba de acometer. Y lo creemos porque él es un extraordinario escritor y un gran novelista, aunque en ésta obra haya estado por bajo de sus anteriores producciones.—A PADIN.

la lucha | luchados |

la impecable presentación
es una exigencia
de la vida actual.
Las arrugas
deben desterrarse
empezando desde el interior
con el uso
de una prenda
narrugable
de género de punto
como

key



fórmula de *Coopira*
antía de **NERVA**

brica de géneros de punto

teratura y "La sombra del ciprés es alargada", que obtuvo el Nadal en 1947. Las dos indudablemente, superiores a ésta que acaba de aparecer "Diario de un emigrante".

El autor, como periodista en activo que es, dá a su lenguaje un estilo sencillo y aparentemente fácil, que posee asimismo un gran poder narrativo. Aún logra más Miguel Delibes. Consigue emplear vocablos y giros populares que le dan alegría a las narraciones y llevan al lector a un mundo real y sincero que al final lo agradecerá al autor. Empero, en "Diario de un emigrante", Delibes se excede un poco, sin que en ningún momento este exceso llegue a aburrir al lector. Y esto es así porque Delibes es hoy

"Diario de un emigrante"

Una novela, si aspira a ser trasunto de la vida, o de una vida, no debe acabar cuando la vida empieza. Nos dejó Lorenzo, tras la lectura de su primer «diario», como después de tomar un aperitivo. Habíamos descubierto en el cazador una espléndida calidad humana, unas dotes de observación nada comunes, un espíritu inquieto, que no se resigna a la rutina de la vida vulgar; un hombre, en fin, capaz de revelarnos grandes cosas dentro de su «circunstancia». Que lo que menos importa es que el hacer o el acontecer en que se mueve nuestra existencia sea nimio o vulgar, lo que importa es el jugo, la esencia que de ello sepamos extraer.

Lorenzo es un hombre sencillo, de espíritu abierto y vivaz que lo penetra todo, que todo lo ve, y allí donde no alcanza su retina, intuye o presiente. Sin atender a fórmulas estereotipadas, ni recurrir a procedimientos pedantescos, tan lejos de su condición, Lorenzo va anotando, como si le dictaran, hombres, cosas, sucesos, paisaje, ambiente, vida... Y unas veces nos dice lo que piensa, otras se calla para obligarnos a pensar.

«Cuando murió mi madre, sin ir más lejos, si yo me pongo a hablar no hubiera dicho más que boberías, y, sin embargo, las ideas que me rondaban dentro no podían ser más serias y respetables.» He aquí unas palabras con las que Lorenzo comienza su segundo «diario», que nos parecen pintiparadas para darnos una idea del hombre, de su filosofía, que abre un paréntesis entre el cazador y el emigrante.

¡Qué aleccionador este «diario» para los que piensan en América como solución a todos los problemas! Lorenzo nos dirá con su peculiar intuición, apenas llegado a «la tierra prometida», que en todos los sitios cuecen habas, que no todo el monte es orégano, que allí, lo mismo que aquí y en cualquier geografía, unos triunfan y otros fracasan. Pero esto, con ser muy interesante, importa menos. Lo que importa —y aquí sí que la «aventura» no fue inútil— es el caudal de anécdotas, de puntos de vista, de sabrosas y graciosas observaciones que en tan corto espacio de tiempo ha extraído Lorenzo con sólo mirar a un sitio y a otro, entre regocijado y estupefacto. Diríase que donde el ojo de este cazador se fija cobra pieza. Así, al llegar a Río, anotará con asombrosa precisión: «Este Río es un espectáculo. Uno se impla los ojos y aún no queda conforme. La Anita dice que es como una película en technicolor, y esa es la fetén. ¡Madre, qué plantas! ¡Y qué pájaros y qué rascacielos! ¡Y luego anda el mar ese tan azul que talmente parece



hecho de encargo; y las montañas, y el sube y baja, y el tráfico!» Y, en seguida, tras la impresión, el comentario: «Uno se amona en su rincón y se muere sin saber de la misa la media. Ve ahí Tochano, un cipote que se cree el amo del mundo y luego va uno a mirar y no sabe más que colocar en fila las fichas del dominó, meterse en los cotos como un fugitivo, y dar cuatro voces cuando lo que uno dice le revienta. ¿Y qué? Bueno, pues lo que yo digo a la Anita, por voces que dé, no deja de ser un mermado. Uno tie-

ne que asomar la gaita al mundo, que el mundo es muy ancho y caben en él muchas cosas, como yo digo, y las cosas de uno no tienen por qué ir delante de las de los demás. No sé si me explico, pero esto de viajar ilustra, y el mismo gilí de francés, con todo su golpe de profesor y de veraneo en San Sebastián, no deja de ser por eso un ignorante.» Esta acotación —una entre las mil que Lorenzo anota en su «diario»— sería suficiente para justificar la aventura del cazador y este nuevo libro que Miguel Delibes nos ha regalado, superándose una vez más.

No hay en «Diario de un emigrante» una sola página que nos decepcione, que deje de interesarnos, de absorbernos. Como en una pantalla panorámica van desfilando ante el lector ciudades, personajes, hechos, cosas... Al ya gracioso argot del cazador vienen a unirse ciertos modismos no menos chispeantes que el escritor engarza con suprema sapiencia al hilo de la acción y motivan, en muchas ocasiones, curiosas y divertidas réplicas del protagonista. Y por sobre la anécdota, aflora una soterrada poesía, que unas veces se viste de nostalgia hacia la patria lejana, otras de cálida ternura.

¡Qué gran tipo este Lorenzo, hombre elemental con alma de poeta, que intuye sin esfuerzo el secreto de tantas cosas! ¡Volveremos a encontrarnos con él por tercera vez? Su progenitor, que debe conocerle bien, admite que estos «diarios» pueden ser trillizos y aun quintillizos. Nosotros creemos sinceramente que Lorenzo tiene todavía mucho que hacer y que contar. Y le emplazamos para un día imprevisto, pues estamos tan seguros de que el cazador no renuncia a explorar nuevos montes, como que Lorenzo no se resigna a morir sin decirnos su última palabra.

FRANCISCO ALVARO



LETRAS Y ARTE

CRITICA
Y
NOTICIA

DE LIBROS

POESIA: Ramón de Garcíasol NOVELA: Miguel Delibes

Por
Dámaso
Santos

"DIARIO DE UN EMIGRANTE"

NO necesitaba, creo yo, Miguel Delibes justificarse frente al refrán de que "nunca segundas partes fueron buenas" para sacar a la vida novelística a Lorenzo el cazador, ahora cazador y emigrante. Cuando a un novelista le sale un personaje así de bien templado, lo mejor que puede hacer, lo han hecho tantos, es sacarle todo el partido posible. Lorenzo ha ido ahora a Chile y ha vuelto de allá; mañana puede ir a otra parte o quedarse en su casita, según le pete a Miguel Delibes en la real gana o la organización de su mundo novelístico.

"Diario de un emigrante" (1) resulta de una manera muy hábil muy eficaz y muy brillante de transformar los datos de un cuaderno de viaje en vivo relato.

(1) Ancora y Delfín.—Ediciones Destino.—Barcelona, 1958.

Yo no conozco el "Diario de un cazador"—aunque tengo las mejores noticias de él—, mas a través de este nuevo diario de Lorenzo adivino en aquél un libro de buena traza, en el que este personaje de neto perfil castellano ha dicho antes de ahora unas cuantas cosas de buena verdad humana y española. Porque lo que este Lorenzo lleva a Chile con el ingenuo anhelo de "hacer las Américas" es todo un estilo de vivir, humilde, pero casi feliz, instalado en la conciencia española de donde Delibes ha sabido extraerle para dar a su personaje esa consistencia tan concreta y única de héroe de novela como representativa. Este estilo de vivir está hecho de fuerte moral cristiana, sin demasiadas consideraciones teóricas, de dignidad y orgullo racial, de resistencia ante la desgracia y de un indecible goce, civilizadísimo y elegante, de las pocas cosas que a un hombre

como Lorenzo le puede brindar la existencia, tales como la dominguera aventura de la caza.

La hazaña de ahora es bien simple. Lorenzo emigra a Chile. Un tío de su mujer que triunfó allá llama al joven matrimonio para que emprenda una vida nueva, la hazaña de enriquecerse. No es que se haya acabado el temple de los antiguos emigrantes. Lo que ocurre ahora es que este español que tiene ese estilo de vivir que se ha dicho no es insensible a las transformaciones de los tiempos. Gastar toda una vida en amontonar plata no le va. El plan que le propone el tío es demasiado duro. Intenta prosperar, rápidamente por su cuenta, y hasta puede pensarse que lleva trazas de conseguirlo. Pero como no acaba de verlo claro, regresa nostálgico a los predios nativos. A cazar cada domingo con sus amiguetes de toda la vida, a vestir su uniforme de ordenanza de un Instituto provinciano de Segunda Enseñanza, a soñar con llegar a conserje. Porque es lo que él dice en medio de aquella dura y anónima vida de emigrado: Allá, en su tierra, "era alguien". Mas también abandona con pena la aventura porque había llegado a querer a la gente que conociera y hasta la misma tierra aquella; porque en todas partes está Dios.

El lenguaje de las confesiones de Lorenzo es una buena cantera para los interesados en cuestiones idiomáticas. Su castellano de Valladolid, hecho con todas las espontaneidades expresivas de nuestro pueblo, se asimila inmediatamente, primero, por broma; después, de verdad,

las espontaneidades de la fabla popular chilena. Más que diario habría que llamar a este libro solloquios, en los que de una manera sintética y adecuada, se resumen multitud de giros, expresiones coloquiales y locuciones originales de un grafismo eficaz. Pero Delibes no ha intentado, creo yo, hacer un alarde de ello; ni aun siquiera sacarle al recurso, como hace Cela, infinidad de gracias y sabores, sino que ha pretendido llevar al máximo de autenticidad la revelación de su personaje. Este lenguaje—a menudo sucio, y brutal—resulta un cauce de una economía extraordinaria para la descripción de peripecias, situaciones, caracteres, paisajes y las reacciones espirituales del protagonista. Cabe pensar si haciendo hablar a Lorenzo de una manera más comedida se hubiera llegado al mismo resultado. Tal vez no. De no ser que el novelista no hubiera realizado el relato en primera persona. Temperatura y "tempo" hubieran sido diferentes, con lo que la novela nada tendría que ver con el propósito de ésta.

Tiene "Diario de un emigrante" las limitaciones propias de los relatos en primera persona y llevadas al máximo sus ventajas de comunicatividad en las que el pulso del novelista manifiesta su pericia. Tal vez nos hubiera gustado ver a Lorenzo a través de los restantes personajes, pero nos compensa sobradamente la vivacidad con que éstos aparecen y se manifiestan en él. A través de su coloreado lenguaje no aparecen deformados por la caricatura humorística, aunque en algunos momentos la borde;



pero, afortunadamente, Lorenzo no es un personaje irónico, sino vital, y en esta vitalidad suya—con mente ingenua, más ponderada e intuitivamente sagaz—se muestra cálida y directamente la humanidad de los otros.

Cabría afiliar este relato a la tradición española de la picaresca, aunque Lorenzo sea todo lo contrario de un pícaro. Pero es como ellos un personaje echado a andar por el camino de la aventura con el sólo bagaje de su ingenio y su moral. Traza la novela picaresca por la que han pasado, sin destruirla, las corrientes más modernas de la novela, incluyendo, como es natural, este nuevo realismo que permite a los escritores españoles entroncar con la gran tradición del siglo de oro.



Miguel Delibes



DIARIO DE UN EMI-GRANTE. — Por Miguel Deslibes. — Ediciones Destino. — Colección Ancora y Delfín.

Nos encontramos ante una nueva novela de Miguel Deslibes, el ya popular autor que ha sabido captar la atención de todos los públicos con su fuerte personalidad literaria merecedora de cosechar el Premio Nacional de Literatura 1955, por su libro titulado «Diario de un cazador».

Justo es reconocer que la obra que hoy nos ocupa señala una vez más otro gran triunfo para Deslibes, por su originalidad esencial y genuina. Ninguna preocupación de forma ni de fondo lo prende a imitaciones de autores ni de escuelas. Su prosa y sus diálogos los sacude con garbo, en un ansia magnífica de aparecer nuevo y libre con un naturalismo crudo que raya a veces en la ordinariedad sin soslayar la frase más dura cuando cree que así refleja más exactamente caracteres y circunstancias. Y por esta razón, por la forma vigorosa despreocupada y sencilla con que expresa sentimientos, pensamientos y episodios, Deslibes descubre ese estado de plenitud en que el escritor no malogra ni por defecto ni por exceso sus inspiraciones.

Es savia nueva, energía nueva que viene a romper los viejos moldes con su estilo, completamente diferente a todos los consagrados hasta la fecha; y es evidente que nos hallamos ante un auténtico innovador de la novela actual.

FRIDA

20
"Nueva Savia"
DUIEDO

... mañana su sepulcro en la catedral de Santander, la ciudad natal que tanto amó y que debe a don Marcelino su mejor gloria.

LIBROS

“Diario de un emigrante”

Miguel Delibes. Editorial Destino. Barcelona, 1958.

MIGUEL Delibes es ya uno de los grandes novelistas jóvenes; posiblemente —con excepción de Cela— el que cuenta con una obra más afirmada y madura: siete novelas y varios relatos breves que demuestran extraordinaria agudeza y penetración para retratar tipos humanos, perfecto manejo de la técnica y hondo sentido de la realidad, que rara vez deforma. Este “Diario de un emigrante” tiene por protagonista a aquel simpático Lorenzo que no hace mucho redactaba su pintoresco “Diario de un cazador”. Como tantos hombres, el bueno de Lorenzo siente, recién casado, la llamada de América —o mejor, del clásico tío de América—, y para allá se va, con su joven esposa, su carga de ilusiones... y hasta un poquito de desconfianza. Y aunque en Chile no le va mucho peor que a tantos otros emigrantes, sufre desengaño, padece tribulaciones —no excesivas, pues el cuadro de la novela nunca es totalmente negro—, asiste jubiloso al nacimiento de su primer hijo, y a la primera ocasión vuelve a España pensando que “como en casa, en ninguna parte”.

La última novela de Delibes, tan merecedora de estimación, presenta a mi juicio un grave inconveniente: un estilo que quiere ser absolutamente realista y resulta convencional de cabo a rabo, con una acumulación de “argot” populachero que no corresponde en absoluto a la manera de hablar de ningún español, por bajo que sea su ambiente; sin olvidar que un estilo falsamente realista corre el riesgo de hacerse ininteligible en breve tiempo. Y es una lástima, porque el “Diario de un emigrante” tiene, por otra parte, sobradas condiciones para ser considerado como un libro hermoso y duradero.

Es un libro sano: el protagonista, pese a sus vulgaridades de expresión, es un hombre honrado y noble donde los haya; y los demás personajes, que trazados con pulso maestro, se mueven en torno, están llenos de auténtica vida. ¡Qué estupendos los tipos de mujer, la esposa, la tía, la Verdeja, dentro de su mediocridad cotidiana! ¡Qué aciertos de ambiente en ápidos y ajustados toques! Sin grandes amarguras, sin temblores rencorosos, vive Lorenzo su aventura de América, y el lector vive con él los pequeños episodios de una existencia como hay tantas, reflejada esta vez por un bien dotado novelista, con un sentido perfecto de la realidad. — L. Rodríguez-Alcalde.

MD Diario de un emigrante

Otra novela de Miguel Delibes

Miguel Delibes, uno de «los Nadales» vallisoletanos, ha dado a la imprenta una nueva novela. A «La sombra del ciprés es alargada», su primera y triunfal salida al campo de la novelística española, a los títulos que la siguieron «Aún es de día», «El camino», «Mi idolatrado hijo Sisi», «Diario de un cazador», Premio Nacional de Literatura 1955, y «Siestas con viento Sur», hay que añadir «Diario de un emigrante», que es, por ahora, la última producción novelística de Delibes.

El título la relaciona con el «Diario de un cazador». Y también el protagonista y algunos personajes que en esta narración intervienen, aunque sea casi siempre con una intervención indirecta, por referencia; pues los que participan de un modo directo en la acción, son nuevos. Como es nuevo, naturalmente, el escenario, el lugar de la acción, el ambiente: Chile, Santiago, lo que tiene una gran influencia en el medio expresivo, en el lenguaje utilizado en la mayor parte del «Diario de un emigrante», emigrante que no es otro que Lorenzo, el bedel de un centro docente oficial y cazador por naturaleza, que, ayudado por un tío de su mujer, «pasan el charco» en busca de la fortuna que no puede darle su cargo de bedel.

Hasta ahora, la novela de Delibes que más me había gustado era «Diario de un cazador». Aunque tenga novelas «más novelas», más importantes por sus elementos novelísticos, por las psicologías de sus personajes, por los problemas que aborde y por la mayor complejidad de la fábula y del ambiente. Pues «Diario de un emigrante» la equiparamos, en nuestro gusto, a «Diario de un cazador». Y aun siendo gemela de ésta, siendo su segunda parte, entiendo —como entiende el propio Delibes y lo dice— que si alguna vez la conocida y repetida sentencia —«Nunca segundas partes fueron buenas»— fué cierta, en esta ocasión no lo es.

«Diario de un emigrante» es, a mi juicio, una buena novela dentro del concepto que actualmente se tiene de esta especie literaria, y lo que se exige a su contenido y a la técnica con que ha de elaborarse.

En esta novela, la fábula, el asunto, está tomado de la realidad de la vida, está formado por la serie de problemas importantes o nimios que a un matrimonio depara la diaria realidad. Son, esos episodios y peripecias, la vida misma con sus latidos y palpitaciones. Los personajes son personas vivientes también, de una humanidad cálida, cuyo corazón y cuyo cerebro se sienten latir, cuyas cualidades —buenas y malas, virtudes y defectos— se acusan definiendo al personaje por sus propias acciones y reacciones. Sin que el novelista, como era norma en las proporciones de narradores anteriores a esta generación, nos describa los personajes, éstos surgen en la mente del lector del «Diario de un emigrante» con tal vigor, con tan gran vitalidad, que le parece a uno estar conviviendo con ellos, mientras absorbo se va enterando de las peripecias, tan naturales, tan sencillas, cargadas unas de ternura, otras de humor, que les toca vivir a Lorenzo y Ana en el tren, en el puerto de Barcelona, en

el trasatlántico que les conduce a América y en la misma tierra hispanoamericana. Y vive uno con ellos, y siente uno los ambientes en que se van desarrollando esos episodios vulgares que impone la diaria lucha por la vida, con sus egoísmos y bajas pasiones, con sus ternuras y generosidades, lo mismo a individuos de excepción que a estas criaturas sin otra cultura que la espontánea y con limitadísimas ambiciones.

Como en Lorenzo, naturalmente, persiste irreprimible su afición a la caza, también se nos ofrecen en «Diario de un emigrante» aspectos de la naturaleza, del paisaje americano, chileno, en toda su grandiosidad impresionante, pero con tanta sobriedad de palabras como eficacia en su verdad.

Sin embargo, el lenguaje en que la novela está escrita es el elemento novelístico a que más reparos he puesto «in mente» mientras leía el interesante y humano y hasta absorbente relato de Delibes. ¿Por qué tanta reiteración de alguna palabra grosera y mal oliente? ¿Por qué tanta expresión soez, malsonante y hasta obscena? No pierdo de vista que Lorenzo, por su cultura, por el ambiente de amistades y compañerismos en que se mueve, es lógico que hable con el vocabulario y la sintaxis populares, a veces tan pintorescos como expresivos; pero me parece a mí que para retratarle con plena realidad, de modo directo y humano, no hubiera sido necesario el tan repetido empleo de ese zafio léxico que es seguro ha de herir la delicadeza y el buen gusto de la mayor parte de los lectores. Estoy seguro de que Delibes tiene sobradísimos recursos en su lenguaje castizo, sencillo y ricamente expresivo, para lograr los efectos que así alcanza. Le bastaría con su amplísimo vocabulario y la flexibilidad, la ironía y el desenfado con que sabe utilizarlo, sin llegar a los estratos lingüísticos más vulgares y chabacanos.

Como pensamos que hubiese estado bien, al final de la novela, un vocabulario de los americanismos en general y de los chilenismos en particular que en la novela se emplean. Nos hemos acordado de lo útil que un vocabulario así resulta cuando se lee «María» la romántica y famosa novela del escritor colombiano Jorge Isaacs, que lo lleva.

En fin, con su «Diario de un emigrante», Miguel Delibes sigue, a mi parecer, manteniéndose a la cabeza de la extensa nómina de los novelistas contemporáneos. Pero cuánto me agradaría que expurgara su lenguaje novelístico de esas impurezas que, a mi juicio, la afean y no son, ni mucho menos, indispensables! Ya sé también que grandes escritores españoles del siglo de oro utilizaron esos medios expresivos; pero es incuestionable que del siglo XVII a la fecha el gusto se ha afinado notablemente y ya los grandes novelistas españoles del XIX habían desechado vocablos y frases de ese tipo. O sólo los utilizaban o más bien los sugerían en muy raros casos.—L. P.

(1) Delibes, Miguel. — DIARIO DE UN EMIGRANTE.—Ediciones Destino.—Abril, 1958.—290 páginas.

Miguel Delibes



LOS DOS DIARIOS DE LORENZO

ESTE Lorenzo, de Miguel Delibes, se nos había quedado con la madre a punto de muerte y la chavala de visiteo, a echar una mano (1). De este Lorenzo, de Miguel Delibes, después de leído su primer diario, bien poco sabíamos: lo más, que era cazador conspicuo y cabezota. La vida de este Lorenzo se nos mostraba un tanto a «casaperrillo», hoy, una perdiz; mañana, una liebre. A veces, la verdad, este Lorenzo nos gibaba. Bien poco decía de determinadas cosas; y, cuando se refería a ellas, a veces, las tomaba a cachondeo, por seras que fuesen, o las contaba de tal modo, que a cachondeo sonaban. Así las cosas, ni él nos daba su verdadera dimensión ni dejaba que la cobrasen sus acompañantes. En una palabra: el tal Lorenzo se nos antojaba un tanto cazurrón y un poco carcundia. Las referencias a la Modes y al Serafín, que las estaban pasando de órdago, más que a compasión movían a risa; las de don Rodrigo, por ahí le andaban..., y uno cree que no está bien eso de hacer reír con la miseria de las gentes, aunque uno no se lo proponga. A veces, eso sí, quedaba un mínimo regusto de tristeza, pero no se hacía bastante. Se echaba de ver que al tal Lorenzo, por lo general, no le petaban ni poco ni mucho las necesidades del prójimo y que, si le petaban, se las guardaba muy guardadas. El tal Lorenzo no tiraba hacia los cotos del señor Dostoyewski; las pobres, doloridas gentes del señor Dostoyewski no asomaban por su diario: eran demasiado cómicas y un poco caricaturescas.

En fin; las cosas así, bien está que el tal Lorenzo salga otra vez al monte y bien está que se nos manifieste más hondamente. Ahora, en el segundo diario, el de emigrante (2), parece que quedan explicadas unas cuantas cosas. Se hacía necesario, pues, que apareciera. Por lo pronto, al Lorenzo este le da ya por pensar en la vida. El día 1 de febrero, lunes, anota: «Estas cosas (está pensando en su viaje) le llevan a uno a pensar en la vida. Aquil'no decía que, si uno piensa en la vida, es que le va a doblar. No sé, no sé... El caso es que yo no quiero pensar en la vida, pero es como si no...» El día 1 de marzo, también lunes, vuelve a anotar: «Yo no sé si seré un gilí, pero a mí la vida me duele y, a ratos, pienso que, si yo voy a cazar, es para olvidarme del dolor de la vida, pues cazando parece como si uno espabilase ese dolor y se lo metiese con los perdigones a las liebres y a las perdices por el culo» El día 30 de marzo, miércoles, anota: «Luego me dió por pensar en la vida y acabé de gibarla» El día 4 de abril, lunes, vuelve a anotar: «Luego eso de no tener nada que hacer más que pensar en la vida de la mañana a la noche, esto no me gusta un pelo.» El 23 de diciembre, viernes, vuelve a anotar: «Llevo unos días que pienso demasiado en la vida.»

Queda con esto que el Lorenzo este que se va a hacer la América se nos muestra más hombre, mira más para sus adentros y parece como si ganara en dimensión, en profundidad. Esto tenía que ser así. No en balde ha pasado el tiempo, no en balde se ha casado Lorenzo con la chavala, no en balde ha cruzado el charco y el bigote —es un suponer, porque no asoma en este segundo diario— ya le crece como Dios manda. No hay duda de que este Lorenzo, el emigrante, ha crecido: ha madurado, por decirlo bien y pronto. Como, por otra parte, ha quedado sin caza, ha tenido que vérselas con la vida. A ver si no. En cuanto al Lorenzo se le priva de la caza le da por pensar en la vida y no puede evitar ese dolor, del que se desfogaba metiendo perdigones por el culo de las piezas.

Esta bien puede ser la diferencia que va del Lorenzo cazador al Lorenzo emigrante. En tanto aquél resolvía o contaba las cosas de un modo un sí es no es superficial, tontiloco, éste

las resuelve o cuenta como adolorido y nostálgico. Que el tiempo no pasa en balde, vamos. Y con la murria y la nostalgia parece como si el Lorenzo y la compañía se nos hicieran más íntimos, más «nosotros». El Melecio, la Modes y el Serafín; el Tochano, la Doly y suma y sigue, cobran, a la luz de la nostalgia, una nueva vida, que lima posibles aristas anteriores. Que no hay como la lejura para ver más justamente, más amorosamente, las cosas. Claro que el milagro se ha obrado también con lo próximo. Los acompañantes de esta aventura de Lorenzo por América salen bastante bien parados. Los tíos, el Efrén, el León, el Oswaldo, el Dativo, la Verdeja y otros, cobran su verdadera personalidad a medida que se va cumpliendo la de Lorenzo. Es como si este Lorenzo alcanzara una comprensión y ternura que no hay por qué no suponerle de antes, pero que bien escondida se la tenía el cabro. En cuanto a expresarse, a veces a uno, salvando el tiempo, claro es, le recuerda aquella manera de escribir a la pata la llana que se gastaba aquel soldado de Medina del Campo, Bernal Díaz del Castillo, que fué regidor de Guatemala. Ni más ni menos. Al pan, pan, y al vino, vino, y que salga el sol por donde guste. En esto, Lorenzo hasta parece que ha ganado en autenticidad. Porque, tanto al pan, pan, y al vino, vino, y venga de abusar en esto, puede llegar a parecer artificio, y en esta aventura de América no lo parece.

¿Quiere todo esto decir que el Lorenzo emigrante es distinto del Lorenzo cazador? No, ni mucho menos. Genio y figura. El Lorenzo este sigue cazurrón, cabezota y un tanto chulillo, siempre amagando. Lo que ocurre es que algo ha cambiado, aunque siga erre que erre empeñado en no decirnos muchas interioridades. Uno piensa que, a medida que vaya reposándose, culillo de mal asiento, irá metiéndose más dentro de sí. Uno piensa también que a este Lorenzo había que bajarle los humos: se los tenía que bajar la vida, como a cada quisque.

JOSE MARIA DE QUINTO

(1) «Diario de un cazador», Miguel Delibes.—Ediciones Destino.

(2) «Diario de un emigrante», Miguel Delibes.—Ediciones Destino.

MD

JABC?

LIBROS ESPAÑOLES

CRITICA LITERARIA

UNA VAGUADA DE LOS ANDES

Miguel Delibes: "Diario de un emigrante". Ed. Destino, S. L. Barcelona, 1958; 289 págs.

CREO recordar que Delibes, en las crónicas que escribió con motivo de su viaje a Chile, y que recogió posteriormente bajo el título "Un novelista descubre América", echaba ya de menos (o echaba a faltar, como los catalanes dicen tan expresivamente) la compañía y la presencia de su personaje Lorenzo, protagonista del "Diario de un cazador", en aquellas ricas tierras venatorias: las hermosas tierras araucanas, onduladas de brisa salobre, estribadas entre los Andes y el mar y po-



MIQUEL DELIBES



puesto en el trance de matar, aunque sólo fuera imaginativamente, a sus personajes dilectos, y el mismo que "encarició" a Cervantes con Don Quijote en la segunda parte de su libro) comunica a la figura de Lorenzo el calor vivo y la entrañable simpatía que el alma del escritor inequívocamente siente por ella. Al fin y al cabo, la rebelión agónica de los entes de ficción unamunescos o pirandelianos brota de raíces literarias muy afines.

En el "Diario de un emigrante" el conflicto dramático no llega a producirse por la sencilla razón de que el autor se siente uno con su personaje, y ambos aceptan gustosamente la senda cervantina de la cordura y el retorno. Pero eso no hace al caso.

A mí me gusta quizá más el "Diario de un cazador", y todavía más, sin la menor sombra de duda, "Mi idolatrado hijo Sisi", que me parece una de las novelas españolas contemporáneas im-

portantes de verdad. No obstante, el "Diario de un emigrante" es una narración hábil, jugosa, tierna, tan imaginativa como autobiográfica, empapada de humor y divertida siempre.

La esclaviza un poco, creo yo, su estilo, o mejor dicho, su lenguaje, aunque paradójicamente el uso que de ambos hace Delibes en esta obra constituye una de sus virtudes primeras.

Por lo que me dice quien tiene razones para saberlo (razones de larga convivencia y de entrañable poesía), Delibes habla "el chileno" sin tropiezo y como un natural entero y verdadero: no arqueologiza el idioma ni lo aísla nunca de su vivo fluir. Entre el dialecto vallisoletano de Lorenzo y el trasandino de su experiencia americana no existe pugna alguna, y la transición entre ambos está siempre bien graduada y resuelta.

Más pesa quizá en esta ocasión la lengua nativa de Lorenzo, el cazador, el emigrante, el celtibero insoluble e irreducible (tan humano y simpático por lo demás), y con quien tan grato debe ser, ya levantada la veda, "patear el monte", jadear las vaguadas de los amaneceres y sentarse a la recortada, fresca, redonda sombra de un pino para *conversar una botella*, que así traduce el gracioso giro chileno nuestro *charlar un rato* sobre la mesa o la hierba de la amistad.

La verdad es que a pesar de sus repeticiones, tacos y muletillas abandonamos con pena la compañía de Lorenzo y esperamos volver a encontrarlo cualquier día, como casi el autor nos lo promete en sus palabras de introducción a esta segunda salida, rechazando el nunca segundas partes fueron buenas de la filosofía o sabiduría popular, porque "la filosofía popular—piensa Delibes—es con frecuencia un tanto burda y sansirole", pese al mismísimo Lorenzo.

Leopoldo PANERO

bladas en abundancia de codornices que no lo parecen, de altaneros cóndores inútiles y de perdices que no apeonan como las de Valladolid. Amén de otras especies volátiles o rastreras vernáculas de la campiña chilena.

No pudo, sin duda, resistir a tentación tan fuerte, y tan humana, nuestro gran novelista emigrado, y acabó llevando a Lorenzo a Chile, porque la imaginación vale para eso (para viajar hacia lo anejo y hacia lo hondo), y el creador de Lorenzo no podía privar a su criatura de los placeres de vista y olfato que su nueva perspectiva americana tan generosamente le brindaban.

Este humanísimo carifio (el mismo en el fondo que ha arrancado lágrimas de los ojos a más de un novelista genial

LETRAS EXTRANJERAS

BORIS PASTERNAK Y SU DOCTOR ZHIVAGO

DESDE hace unos meses ha sido comentada con muy diversos criterios la suerte corrida por la última obra de Pasternak, cuya publicación, prohibida en Rusia, ha sido hecha en tres idiomas europeos: italiano, inglés y, últimamen-

te, francés. El caso del doctor Zhivago es el de un hombre de extracción liberal, intelectual teñido de poeta, que se ve obligado a servir como médico en el aún desorganizado ejército rojo que combate en Siberia en los primeros años de la revolución. Este hombre, atrapado por las circunstancias y que sólo participa por compulsión en una lu-

MD

25

LA LETRA Y EL ESPIRITU

«Diario de un emigrante» de Miguel Delibes

por ANTONIO VILANOVA

A tres años de distancia de la publicación de su bellissimo «Diario de un cazador», galardonado con el Premio Nacional de Literatura 1955, el joven novelista vallisoletano Miguel Delibes nos ofrece ahora en las páginas de su flamante «Diario de un emigrante», que acaban de publicar las Ediciones Destino en su colección «Ancora y Delfin» (Barcelona, 1958), una inesperada segunda parte de aquel libro, integrada en esta nueva salida por las andanzas y aventuras de su héroe por tierras americanas.

Relato en primera persona, escrito, al igual que la primera parte, en forma de diario íntimo, en el cual el protagonista anota con despreocupada llaneza, ingenuidad y desenfado los más nimios incidentes e insignificantes pormenores de su vida, este libro es, ante todo, el retrato de un hombre anodino y vulgar, que se describe a sí mismo tal cual es, con todos sus defectos y flaquezas, y que nos ofrece, sin proponérselo, una acabada imagen de su carácter y de su perfil moral en los íntimos soliloquios, reflexiones y confidencias que va anotando en su diario.

En este sentido, la figura del protagonista, al que ya conocimos como héroe del «Diario de un cazador» y que aparece nuevamente en este libro como actor y autor de sus propias aventuras, responde plenamente por su nacimiento y clase social al arquetipo de hombre corriente y vulgar, de humilde origen y condición modesta que las tendencias vigentes en la novela de hoy han impuesto como personaje central de toda creación novelesca.

Hombre sencillo y elemental en sus reacciones y sentimientos, dotado de una extremada simplicidad y nobleza de carácter, exageradamente celoso de todo cuanto pueda menoscabar su dignidad y honrra, pero en el fondo ingenuo y bonachón pese a sus desplantes y bravatas y a sus piques de charlatán susceptible y puntilloso, Lorenzo el cazador es, en efecto, el perfecto arquetipo del que los franceses han dado en llamar el hombre sensual medio.

Hombre del pueblo, cuyo nacimiento y educación ciudadanos le han despojado de la natural tosiedad del paleta provinciano y cuyo oficio de bedel de la Escuela de Comercio de Valladolid le ha revestido de un barniz superficial de corrección y buenas maneras, el buen Lorenzo, al que conocimos ya en la primera parte de su diario como impenitente cazador y enamorado primerizo, es, en realidad un vallisoletano castizo, como muestra claramente su lenguaje jugoso y expresivo, en el que alterna el acento redicho y sentencioso con el más sabroso decir popular. Pero al propio tiempo, pese a su ingenuo provincianismo, que en cuanto se asoma al mundo no tiene el menor reparo en confesar, Lorenzo el emigrante español representativo cuyo acusado perfil racial le convierte en cifra y símbolo de un tipo humano existente en España entera y en el cual, con ligeras variantes, puede verse retratado el hombre de la calle de cualquier ciudad.

El prodigioso acierto de Miguel Delibes estriba en haber encarnado en el carácter de este personaje, en apariencia anodino y vulgar, absolutamente gris y mediocre en sus sueños y ambiciones, que, una vez casado, abandona su ciudad natal con la modesta ilusión de hacer fortuna al otro lado del mar, la profunda y entrañable humanidad de un pueblo entero que trabaja, sufre y muere con una estoica conformidad y resignación y que pone por encima de todo su dignidad e independencia.

Personaje que posee, al propio tiempo, los rasgos psicológicos y humanos de todos los hombres de su misma clase y condición, que piensa y reacciona como lo haría el hombre medio de cualquier parte de España, que siente las mismas inquietudes e ilusiones que los demás, que se mueve por los mismos impulsos sentimentales y afectivos, que responde a unos mismos principios de nobleza y lealtad y que no pierde jamás ante la adversidad o la desgracia su innato sentido de dignidad y honrra. Este hombre del pueblo, cuyo lenguaje popular y castizo a veces desgarrado y plebeyo, pero nunca chocarrero o ramplón, revela claramente su modesta condición social

y sus pocas letras, tiene además su pequeña filosofía, tal vez un poco limitada y primaria en su lógica estrechez, pero llena de agudeza y buen sentido en su expresión grave y sentenciosa.

Esta filosofía se basa en unos principios inmutables, según los cuales lo que más vale en esta vida es la consideración, y que den-

año a regresar a España, donde, como él dice, después de todo no echaba nada en falta, y de la que sólo le indujo a salir la cochira avaricia.

El relato de su estancia en tierras de Chile en compañía de su mujer, es lo que, en rigor, constituye la materia novelesca de este libro, que es, por otra parte, el fino y sagaz análisis psicológico de los sentimientos y reacciones de una pareja de recién casados jóvenes, llenos de sueños e ilusiones, y de su gradual y amargo desengaño ante la imposibilidad de hacer fortuna. Y junto a ello sus cotidianos piques y rencillas, discusiones y enfados, reproches y celos, que Miguel Delibes ha descrito con mano maestra con la más escueta y rigurosa objetividad, a través de las cómicas anotaciones del diario de su héroe en las que se transpa-



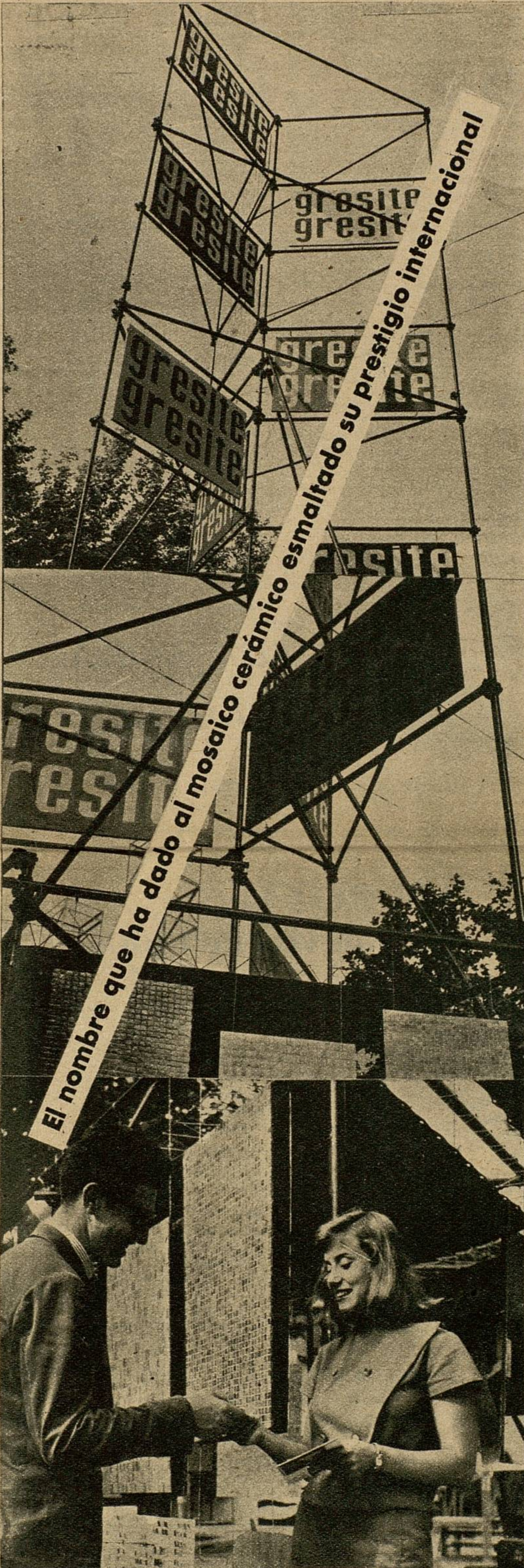
Miguel Delibes —en primer término— durante una cacería en Chile

tro de la modestia y la pobreza, lo importante es tener libertad e independencia, puesto que cada cual tiene su orgullo y dignidad y no tiene por qué ser pisoteado por nadie. El dinero, por otra parte, no lo hace quien quiere, sino quien puede, y para salir de pobre hay que darle de lado al sentimiento y a la vergüenza, porque tenerla es un lastre en los negocios. Y cuanto más vive uno, más cuenta se da de que nada vale la pena de correr por ello. Aunque a todos nos molesta la rutina, al que le sacan de la rutina, fuera de su tierra, lejos de su casa y de sus amigos le es imposible acimatarse a su nueva vida.

Como es lógico, con estos principios, que la amarga experiencia de la emigración se encarga cumplidamente de demostrar, las aventuras de Lorenzo, el cazador, por tierras de América, desembocan fatalmente en la renuncia y el fracaso que le inducen al cabo de un

renta una buena dosis de malicia, ternura y humor.

Libro éste que requeriría un comentario mucho más extenso y pormenorizado que el que yo puedo hoy dedicarle en estas páginas, pero que es una auténtica obra maestra de lenguaje y un ejemplo patente de la profunda adivinación humana del gran novelista vallisoletano, cuyo arte noble y austero, cada vez más acabado, maduro y perfecto, ha logrado superar ampliamente las páginas bellísimas del «Diario de un cazador», en las que creó por vez primera al personaje que protagoniza este nuevo libro, y que ha cobrado ahora a nuestros ojos un relieve psicológico, una entereza de carácter y una dimensión humana que le convierten en un auténtico arquetipo y con él a la obra entera en su más lograda creación novelesca.



El nombre que ha dado al mosaico cerámico esmaltado su prestigio internacional

gresite española s. a.

Vicálvaro (Madrid)

CONCESIONARIO CATALUÑA BALEARES

ARMI - París 204 - Barcelona

Está a la venta el volumen de la BIBLIOTECA SELECTA correspondiente a junio

LLIBRE D'ANDORRA

HISTORIA - PAISATGE

Con 12 ilustraciones fuera de texto por LLUIS CAPDEVILA

«Pròleg» de A. FORNE, secretario del «Sindicat d'Iniciatives de les Valls d'Andorra»

«Una invitació per als qui no coneixen la República pirinencica i una major descoberta per als qui ja l'han visitada»

Distribución: CASA DEL LIBRO

ASPIRINA

SOLO HAY

UNA

ASPIRINA

BAYER

Contra dolores, gripe, resfriados, reumatismo

EL PRODUCTO DE FAMA MUNDIAL en tubos y sobres de 2 tabletas

¿Por qué ser sordo?...

Simplemente puede solucionarlo visitándonos sin compromiso alguno. Pruebas gratuitas. Nadie puede ofrecerle un aparato mejor, más cómodo y de audición más perfecta SIN NINGUN GASTO DE FILAS. TRANSISTORES diminutos desde el peso de 25 gramos en FORMA DE PASADOR PARA EL CABELLO, INVISIBLES PARA LAS SEÑORAS, con potencia suficiente para todas las sorderas. TRANSISTOR GAFAS SIN CORDONES, TRANSISTORES BROCHE ADORNO PARA SEÑORAS Y PASADOR CORBATA PARA CABALLEROS. Despacho bajo audiometría médica. Transistor ROYALSON MOD. 20, pesetas 2.850. TRANSISTOR ROYALSON MOD. 30, pesetas 3.500. TRANSISTOR ZENITH AMERICANO, 4.650 pesetas. TRANSISTOR ZENITH AMERICANO, CON DISPOSITIVO ESPECIAL PARA EL TELEFONO. INSTITUTO ORTOPEDICO SABATE, calle Canuda, núms. 3-5-7, Barcelona.

Miguel Delibes y "Lorenzo"

Diario de un emigrante, por Miguel Delibes. Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín. Barcelona. 289 páginas.

Después de publicar «El Camino» Miguel Delibes en 1950, le preguntaron si era una indiscreción interrogarle sobre lo que había ganado con sus libros. «¡Ni hablar! —respondió—. La verdad es que estoy deseando decirlo, porque muchos creen que porque he publicado tres novelas tengo a estas horas poco menos que tres casas y un «Cadillac».—Y se agregaba: «La cuenta sale rápida. Verás: con «La sombra del ciprés es alargada» saqué las 15.000 pesetas del Premio (el Premio Nadal de 1947, que entonces sólo era eso) y 10.000 pesetas de lo hasta ahora vendido...

Con «Aún es de día» (su segunda novela) me han liquidado hasta la fecha —3 de junio del 51, cuando hacía estas declaraciones— 10.000 pesetas... Con «El Camino» (aparecido en 1950) van 5.000 pesetas». Delibes exponía así la realidad del escritor en España: «De cada libro mío que se vende, yo cobro el 10 por 100. El resto lo tienen la Editorial, que se reserva el 60 por 100, y el 30 por 100 restante es para el librero.» Y agregaba: «Claro que ellos dirán, y puede que con razón, que supone más trabajo colocar esos «rollos» que escribirlos...»

Delibes, la continuidad.—Miguel Delibes, que es periodista —Director de «El Norte de Castilla», de Valladolid— ha sido uno de los pocos «nadales» y uno de los pocos escritores de la postguerra que han mantenido una línea regular en su producción literaria. Después de los tres libros ya expuestos, en 1951 llegó «Mi idolatrado hijo Sisí»; en 1955, con «Diario de un cazador», obtuvo Delibes el Premio Nacional de Literatura, contando las aventuras de un personaje, Lorenzo, que ahora se renuevan en este Lorenzo que traza, jornada a jornada, el «Diario de un emigrante».

«La sombra del ciprés» era la novela de los optimistas y los pesimistas: éstos son los cipreses; «Aún es de día» era la novela de la esperanza, llegada por el descubrimiento del espíritu al ánimo de un muchacho jorobado, en una narración cruda y realista. «El camino» su-



Delibes, continuidad

puso el gran salto de Delibes, y los tres niños protagonistas componen toda una divertida peripecia entre un magnífico fondo de personajes, en el ambiente de un pueblo castellano, con una prosa viva y plena de humor. «Mi idolatrado hijo Sisí», más emparentada con sus primeros títulos en cuanto a estilo, duro y realista, retrataba la tragedia del hijo único. «Diario de un cazador» fué de nuevo el Delibes humorista, vivaz, agilísimo: el Delibes que muchos prefieren. El cazador, Lorenzo, escribe su diario de cazador, y sus anécdotas, y su vida reflejada en familiares, amigos y amigas, catedráticos y alumnos, amores y amoríos, todo dentro de ese Valladolid natal que Delibes conoce tan bien.

Allí afincado, allí Catedrático de la Escuela de Comercio, Delibes no ha querido nunca salir —salvo sus viajes por España, por Europa y el salto a América, a Hispanoamérica— de su Valladolid, quizá por eso de que es padre familia numerosa y no le tientan dificultades ni atractivos de grandes ciudades. A él le encanta ir por la calle de la Victoria camino del periódico, repartiendo adioses, siempre con un mechón caído en lo alto de la frente, con ese andar que siempre parece algo desgarrado en los hombres altos.

«**Diario de un emigrante.**—Con este título Delibes continúa la tra-

yectoria de Lorenzo el cazador, sin asustarse —como señala en el prólogo— de la filosofía popular de que nunca segundas partes fueron buenas, porque él cree y dice que la «filosofía popular es, con frecuencia, un tanto burda y sansirolé». E incluso no descarta que esta obra tenga su tercera o su quinta parte si al caso viene. Muchos creen que habrá esa tercera o más parte porque no en balde Lorenzo es todo un personaje.

En esta ocasión Lorenzo, casado con «la» Anita, vive la aventura de emigrante en Chile. La novela puede dividirse en dos partes, ambas igual de jugosas en su lenguaje popular, rudo, salpicado de expresiones, de casticismo y de «tacos»: los preparativos para la marcha y el viaje hasta Santiago de Chile, y la estancia de diez meses allá —descrita con un formidable realismo de lenguaje, en ambiente o «chilenismos». El epílogo podría constituirlo el regreso, en una narración que se deja en pleno viaje de retorno, recién atrás el Aconcagua, con el avión volando y el pensamiento en la arribada a España. Y de toda la novela, su lección, la lección de tantas ilusiones de emigrante decepcionadas, como en el caso de Lorenzo, que tampoco dejó de ser cazador, o soñar en serlo, en Santiago.

Con esta novela Delibes continúa su trayectoria segura y lógica: porque con lógica ha seguido él un camino que mejora en cada título, marcando una madurez alcanzada ya a los treinta y ocho años, con ese viejo lema de que la inspiración consiste en trabajar cada día.

Observación de Graham Greene

Graham Greene, el autor de «El poder y la gloria» y «El fin de la aventura» ha expuesto su opinión sobre las segundas nupcias:

«Cuando un hombre vuelve a casarse es porque adoraba a su primera mujer. Cuando una mujer vuelve a casarse es porque detestaba a su primer marido.»